



ESFINGE

conocimiento • reflexión • diálogo

AFFECTADOS POR LA DANA

HORARIO

De lunes a sábado

Revista digital n.º 143 Diciembre 2024

Del sillón al barro: una experiencia de voluntariado

Echoes, de Pink Floyd

La conciencia del héroe: Beethoven, Hegel, Hölderlin

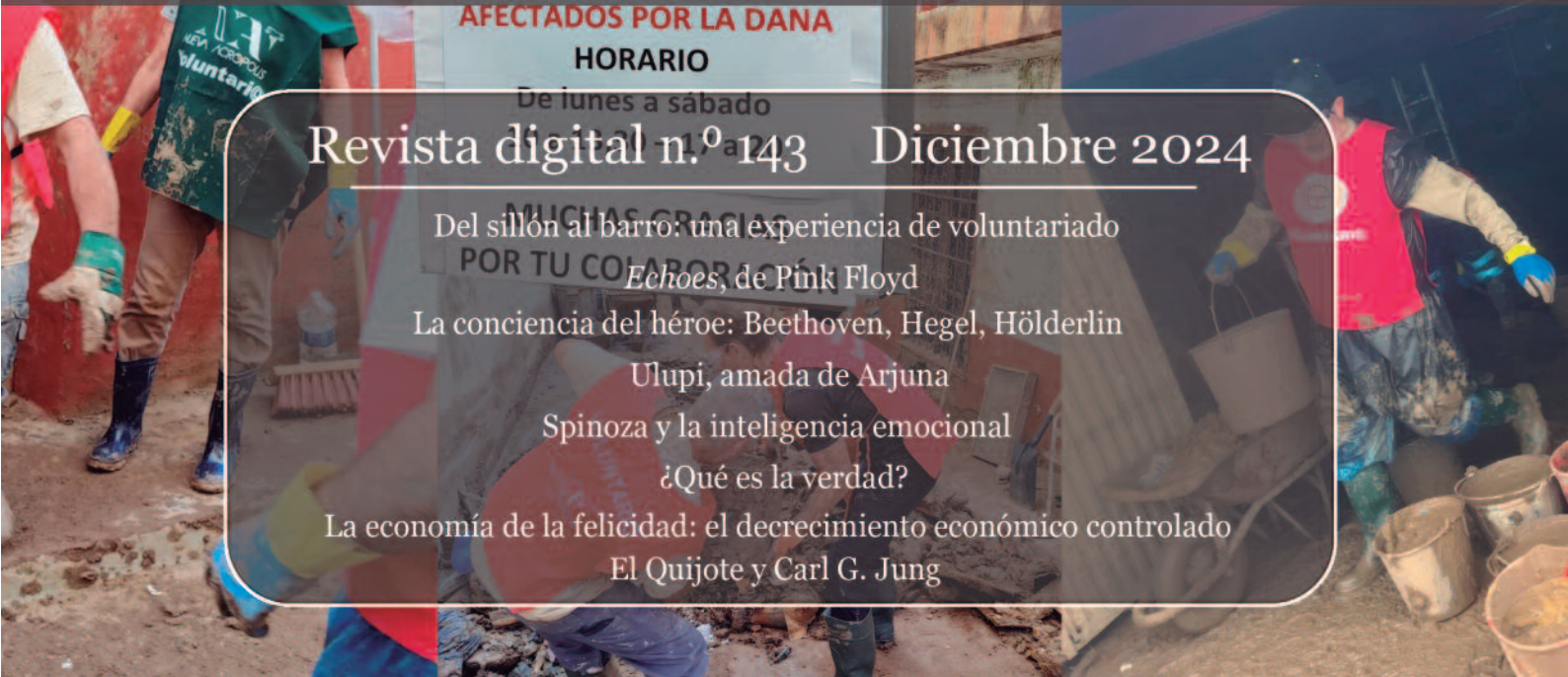
Ulupi, amada de Arjuna

Spinoza y la inteligencia emocional

¿Qué es la verdad?

La economía de la felicidad: el decrecimiento económico controlado

El Quijote y Carl G. Jung



SUMARIO



4

Del sillón al barro:
VOLUNTARIADO



12

Echoes
PINK FLOYD



16

LA CONCIENCIA DEL HÉROE:
Beethoven, Hegel, Hölderlin

20



ULUPI,
amada de Arjuna

22



SPINOZA
y la inteligencia emocional



Revista digital n.º 143 Diciembre 2024
www.revistaesfinge.com
ISSN: 2952-4784

MESA DE REDACCIÓN:

M.^a Dolores F.-Fígares, subdirectora
Fátima Gordillo, coordinadora
Miguel Ángel Padilla, mesa editorial
Elena Sabidó, redacción y archivo
Juan Carlos del Río, *webmaster*
Gabriele Ruskenaitė, edición de contenidos
Esmeralda Merino, estilo y corrección
Lucía Prade, suscripciones y redes sociales

Esfinge es una revista publicada por la EDITORIAL NA, impulsada por la Escuela de Filosofía de la Organización Internacional Nueva Acrópolis en España, para promover el conocimiento, la reflexión y el diálogo, como medios que proporcionen, en estos tiempos convulsos, herramientas válidas para el respeto y la convivencia de los seres humanos entre sí y con su entorno.

La opinión vertida por los autores de los artículos, no ha de ser estrictamente la misma de la mesa editorial.



24



¿Qué es la VERDAD?

30



La economía de la
FELICIDAD

42



EL QUIJOTE
y Carl. G. Jung



La experiencia de ayudar

Agradecemos a uno de nuestros colaboradores que nos haya regalado el testimonio de su presencia activa en la catástrofe que provocó una Dana causando tanta destrucción, y que sigue causando tanto dolor en la provincia de Valencia.

Como sucede en muchas oportunidades, un suceso tan grave y devastador pone de relieve lo mejor de los seres humanos, pero también lo peor, como si se tratase de una prueba que nos pone delante la vida. Pero vamos a obviar los malos ejemplos y centrarnos en los buenos.

Nuestro colaborador no dudó en colocarse en la buena situación, es decir, en el lugar de los que, en un gesto de solidaridad, se sumaron a los cientos de voluntarios que no dudaron en presentarse en los lugares afectados, dispuestos a aportar sus esfuerzos para formar parte de una especie de ejército de paz, armados con sus cubos y sus palas o escobas; los que, como él, acudieron a una llamada que suelen escuchar las personas generosas y buenas.

Pero dejemos que nuestro corresponsal lo diga con sus palabras: «Si pudiera resumir en una frase lo vivido en apenas una semana, sería la siguiente: el deseo de aliviar el dolor del prójimo, guiado por una firme voluntad, unido además al sentido práctico para resolver los obstáculos que aparezcan en el camino, es un poderoso recurso del que todos disponemos. Si se le añade la unión fraternal ante la adversidad, nos hallamos ante uno de los motores que pueden transformar una sociedad para mejor».

El Equipo de Esfinge

DEL SILLÓN AL BARRO: una experiencia de voluntariado



José Ruiz

A menudo, cuando tomamos una decisión importante, confluyen mil pequeños motivos difíciles de discernir en un momento. Las imágenes que nos llegaban de los devastadores efectos de la DANA en diversas poblaciones, principalmente de la provincia de Valencia, los testimonios surgidos de diversas fuentes espontáneas, que iban desde conocidos allí, pasando por las redes sociales en sus diversos sistemas, en aquellos canales que me son de más confianza... iba generando en mí un estado de ánimo que oscilaba entre la indignación, la compasión y la impotencia por no poder hacer nada.

El primer gesto que surge es hacer una donación económica, que, en mi caso, fue a la organización de voluntariado GEA (BIZUM 01428). Pero desde un cómodo sillón, en el descanso de la lectura de un absorbente libro, con una infusión en la mano, pensando en la cena y en el próximo capítulo de la serie que me tiene enganchado, un domingo por la tarde... tal vez no sea el momento más heroico de mi vida. Pero la conciencia es la conciencia y pincha donde más duele, en mis recuerdos de la última visita a la ciudad de Valencia, en las conversaciones mantenidas con amigos que se han visto literalmente afectados por las lluvias... Sabía que una simple donación no bastaba para aplacar esa oscura sensación de dolor por toda la información que me llegaba.

Movido por el ejemplo extraordinario de miles de espontáneos voluntarios que se echaron a la calle para ayudar, de otros muchos que cogieron sus coches y cruzaron carreteras con furgonetas, camiones y tráileres cargados de todo lo que en ese momento se necesitaba..., tal vez también por la inacción de la administración, más pendiente de sus luchas políticas, inexplicables en una situación así..., por todo eso y mucho más, tomé la decisión de ir a Valencia. Teniendo un coche, teniendo dinero, teniendo días de vacaciones, en resumen, no habiendo nada que lo impidiera, no podría perdonarme nunca no ir. Además de vivir esa experiencia de forma directa, sin ninguna mediación, verlo, vivirlo y contarlo, guardar en la retina y en el corazón todas las maravillosas experiencias que pude vivir.

Las primeras impresiones se empiezan a tener al ir llegando a Valencia. Apenas uno cruza los límites de la Comunidad Autónoma, empieza a observar los efectos de las riadas, que se van viendo con más claridad al pasar por poblaciones como Chiva. La misma autovía tenía tramos que fueron muy castigados por los efectos del barro y el agua. Era frecuente ver coches abandonados, descolocados por el empuje de las riadas. En otras zonas se habían empezado a apilar en un orden espectral de un desguace fantasma.

Ya se empieza a ver desde esos primeros momentos lo que sería una constante: hombres y mujeres afanados en tareas de limpieza, con escobas, palas, algunas máquinas que facilitaban la labor, pero todos manchados de barro con las sempiternas botas de goma. Las marcas del barro, aun en la autovía, dejan entrever la altura del agua y lo trágico que debió de ser para aquellas personas que sufrieron la imprevisible sorpresa. Uno de los afectados, Vicente, que nos ayudó en una de las acciones que realizamos en la población de Montroy, nos contó que perdió un coche apenas estrenado hace tres meses. Que pasaron más de una hora atrapados él y su esposa viendo como el agua fría subía poco a poco hasta llegarles casi al cuello, tratando de llamar a los servicios de emergencia y a la policía local. Muchas de esas llamadas llegaron con cinco días de retraso debido a un fallo general en los sistemas de telefonía e internet, debido tanto a la saturación como al fallo de diversas torres de telefonía por el agua.

Mi llegada el domingo 10 de noviembre estuvo llena de contrastes. A la caída de la tarde, junto a las terrazas de los bares, entre copas y aperitivos, era frecuente ver pasar rostros de jóvenes cansados y llenos de barro en sus ropas, con su cubo y su escoba. Rostros cansados, pero detectando en ellos un gesto altivo, una mirada alegre y segura de haber cumplido con un deber para con sus semejantes, una deuda que nadie ha suscrito y que



ha tocado en el corazón de muchos voluntarios, jóvenes la mayoría de ellos. Se habla de la generación de cristal para definir esas características de fragilidad de chicos y chicas que, aparentemente lo tienen todo. Ya sabemos que el agua puede arrastrar lo superfluo, pero puede dejar a la luz un corazón limpio y una generosidad luminosa. La tragedia nos habla a través del lenguaje de los elementos y deja espacio para lo esencial, para lo importante en la vida. Serán la generación de cristal, vale, pero cristal de roca, dura ante la adversidad.

Marina, una voluntaria que se unió a nuestro grupo en la acción en Montroy, nos contaba que, como tantos compañeros suyos (ella estudia Ingeniería Civil), en la facultad les facilitaron algunos EPI, escobas y botas de agua. Con eso cruzaron uno de los puentes que unen Valencia con las poblaciones afectadas y se pusieron a limpiar en las primeras casas o locales que iban encontrando. Sin organización, sin planificación.

Cuenta que de vez en cuando aparecían los propietarios y, al verlos trabajar, se echaban a llorar. Me lo contaba con una emoción contenida y serena. Y si hubo muchos errores en esos momentos por falta de guía y conocimiento, bastaba el gesto de esperanza de que aún hoy tenemos la capacidad de ayudarnos unos a otros en los momentos difíciles.

Mi talante escéptico y un tanto pesimista se vio superado ante gestos así. Sin duda, al menos en esta parte del mundo que llamamos España, brotan gestos de un heroísmo cotidiano que es la mejor afirmación de la vida y la fraternidad entre seres humanos que sufren. Luego llegan los políticos y tratan de imponer otro discurso (ahora se llama relato) y contar las cosas ajustadas a sus intereses. Pero la espontaneidad de tantos gestos en todos los rincones de España revela algo muy profundo de los lazos que nos unen y de la identidad de nuestro ser.

Yo pude contemplar que esta tragedia ha puesto de relieve dos mundos cada vez más opuestos: el del discurso dominante, el de los reglamentos y leyes que no se aplican, el de las administraciones, políticos y medios de comunicación, por un lado. Luego, estaba





la realidad de voluntarios, afectados y víctimas, personas que querían ayudar por encima de todo, organizaciones de voluntariado, empresas que donaban dinero y recursos. Todo en una amalgama cuyo nexo ha sido una constante generosidad y entrega muy por encima de las administraciones que tenían los recursos. Una reacción espontánea de personas sin logística, apenas sin formación, sin organización, que se lanzaron a aliviar el dolor de quienes sentían muy cerca a pesar de que pudieran mediar cientos de kilómetros.

Hubo conversaciones mantenidas con los responsables de las dos asociaciones que se unieron hace meses en un convenio de colaboración que se ha visto sellado con fuego en este suceso trágico. Se trata de la Organización de Voluntariado GEA y de la Escuela de Filosofía Nueva Acrópolis. Esta última mantiene un bonito proyecto humanitario, la Despensa Solidaria, que comenzó hace ocho años como un comedor social y que, por eficacia y no sin dificultades, reúne donaciones de distintas empresas muy conocidas en la zona, además del aporte del trabajo de voluntarios que llevan meses y años colaborando sin descanso de lunes a sábado para entregar comida a muchas familias necesitadas.

Angelina Molina, como responsable de GEA en España, José Manuel Alabau como director de Nueva Acrópolis en Valencia y Marian Martínez, como encargada de la Despensa Solidaria, me contaron muchas cosas. Pude ver la otra cara de la tragedia pero desde el trabajo que impulsa la gestión de los escasos recursos de que disponen. Ellos han hecho un alto en sus trabajos para poder enfrentar los primeros momentos de esta crisis y hacer un llamado a todos los voluntarios que manifestaron su deseo e intención de acudir a ayudar, tanto de GEA como de NA, de distintas provincias. También vi la coordinación administrativa, canalizando los distintos recursos de que se disponían, las necesidades que iban surgiendo a cada momento, el dinero de los donantes que fluía desde diversos puntos de España, donaciones algunas muy generosas dentro de unos límites muy humildes.



La experiencia nos dice que una voluntad decidida, un deseo de ayudar y una inteligencia puesta al servicio de estos fines pueden hacer que muy escasos recursos bien administrados puedan multiplicar su alcance hasta niveles insospechados. Esta crisis ha puesto en evidencia la mala reputación de afamadas instituciones muy bien financiadas pero que se sabe que pierden esa energía en recursos propios. No es criticar, es la realidad. Y hay que decirlo.

El deseo de ayudar es un poderoso vínculo que une destinos y corazones. La mañana del lunes estuve con ellos de observador, no había ninguna acción planificada para ese día. Pero el trabajo de coordinación es tan necesario como el llevar alimentos o barrer el fango. Hay muchas personas que quieren ayudar, pero no saben ni dónde ni cómo; hay muchas empresas que ofrecen sus recursos, pero ¿a quién destinarlos que inspiren confianza? Hay administraciones que tienen conocimiento de posibles víctimas o destinatarios de esas donaciones. Unir estos tres aspectos es la tarea de este corazón organizativo, donde las horas pasan volando conectados al teléfono y a internet. Bolígrafos, cuadernos, teléfonos móviles y ordenadores portátiles... y ganas, muchas ganas trabajar. No se necesita más.

La experiencia en la asistencia a otras catástrofes (Nepal, Haití, Indonesia) por parte de Angelina, los ocho años de experiencia de Marian en la Despensa Solidaria con una red de contactos afianzada durante este tiempo, más la formación filosófica en valores y la experiencia de José Manuel dirigiendo una Escuela de Filosofía con más de cien miembros y un grupo de WhatsApp con más de 300 voluntarios de distintas procedencias, ha sido la base para afrontar esta nueva situación en nuestro país y dar los primeros pasos con la suficiente seguridad para que desde el primer momento se vean los resultados.

El fin de semana del 9 y 10 de noviembre se participó en una importante acción consistente en la limpieza de un Instituto de Enseñanza Media (IES Salvador Gadea). El sábado fueron 180 voluntarios. El domingo, más de 90. Se colaboró con la Unidad de Emergencias del Ejército Español. El instituto quedó operativo para el inicio de las clases esa semana, tal vez para disgusto de algunos alumnos, pero señal de que poco a poco se puede ir alcanzando un poco de normalidad dentro del desastre.

Las inundaciones motivadas por una DANA dejan muchas víctimas que nunca recogerán las estadísticas. Es cierto que hubo poblaciones muy castigadas, pero en lugares insospechados podías encontrarte familias que sintieron que parte de sus casas se inundaban por el agua. Una trabajadora de ese instituto, a través de su director, nos hizo llegar una petición desesperada de ayuda, pues estaba alejada de todo el foco de atención que hemos visto reflejado. Viven ella y su familia en Montroy, una población de más de 2800 habitantes en la comarca de la Ribera Alta, a casi 40 km de Valencia capital. Por suerte, el agua apenas llegó a la vivienda, pero sí a unos bajos que servían de trasteros, uno de ellos con un pequeño gallinero. El agua lo inundó todo hasta el techo matando a las gallinas y dejando todo cubierto de barro cuando las aguas bajaron. Una mala planificación urbanística hizo que un colector natural que daba al río Magro se estrechase por obras, dejándolo casi inútil. La torrencera de agua y barro hizo el resto y ocasionó que esta familia perdiese casi todos sus enseres, que guardaban en dichos bajos.



Se une además que de esa población, aunque no demasiado castigada, sí parece que los recursos del Ayuntamiento, creemos que escasos, se utilizasen en otras necesidades más prioritarias. El equipo de voluntarios que fuimos a ayudar no entramos en valoraciones, más bien nos planteamos los objetivos a conseguir y, una vez allí, evaluar cuál es la forma más eficaz de empezar a trabajar. Esta acción duró tres días, con equipos de voluntarios siempre entre ocho y diez componentes. Como una pequeña legión extranjera, cada cual hijo de su estirpe, nos encontramos allí a mecánicos, funcionarios, un profesor holandés jubilado, estudiantes de diversas nacionalidades, autónomos. Todos con nuestra nueva uniformidad: botas de agua, escobas o palas, cubos de plástico, los EPI o monos de trabajo, gafas de plástico, mascarillas, guantes, muchas botellas de agua y bocadillos.

No sé muy bien la razón de por qué cuando uno hace voluntariado siempre está de buen ánimo. Supongo que porque uno viene a esto de forma voluntaria, no a regañadientes, como en un trabajo que no te gusta. Puede que sea porque las acciones son siempre puntuales, aunque se puedan mantener en el tiempo varios días, incluso semanas. Se añade además que el perfil del voluntario está ya predeterminado por el deseo de ayudar y eso genera un estado de ánimo proclive al buen humor y a soslayar cualquier roce que supone la convivencia. A lo mejor es debido a que uno comparte situaciones extraordinarias, situaciones límite, donde uno termina por priorizar lo verdaderamente importante ante el dolor visible del prójimo. ¿Y si lo tenemos escrito en lo más profundo, una suerte de imperativo moral que nos impulsa a prestarnos para aliviar el dolor y que el altruismo es un verdadero rasgo que nos hace humanos, como la risa y el sentido de lo trascendente? Lo desconozco, pero es una realidad que se comenta a menudo cuando uno termina el día con el cuerpo dolorido por el esfuerzo físico. Al final hay un humor que se contagia a todo el mundo y es muy grato de compartir.





En Montroy, lo que al comienzo se parece a uno de los trabajos de Hércules, la limpieza de los establos de Augías, cuando nos lanzamos al tajo y poco a poco vamos cogiendo ritmo, vemos que, a las pocas horas, el trabajo avanza con mucha rapidez. El barro y el agua que parecían no terminar nunca empiezan a ceder y dejar visible todo lo que ocultaban, trastos ya inútiles, objetos de un pasado que de repente ya están camino de un vertedero cuando el tractor se lleva el remolque lleno. La fuerte impresión de fragilidad que he tenido estos días ha sido cuando acumulamos tantos objetos deteriorados por el agua y el barro, cargándolos en el remolque y el ver cómo se marchaban. No soy capaz de imaginar cuando lo que se llevan son tus pertenencias más personales, tu ropa, tus fotos, aquello que te rodea en la intimidad y conforma tu identidad como persona.

Hubo muchas más acciones: hacer llegar pan y huevos a los voluntarios de la barriada de La Torre, cuyo centro de reparto era la iglesia del barrio, conseguir colchones para viviendas que se habilitaron a toda prisa para reubicar a familias cuyas casas se inundaron, conseguir electrodomésticos básicos a familias que ya no disponían de ellos, valorar nuevas actuaciones para los muchos voluntarios que vendrían el siguiente fin de semana. Dentro de la crisis se puede observar que rápidamente uno se habitúa a lo extraordinario y nos damos cuenta de que somos más fuertes y resistentes de lo que nos hubiéramos podido imaginar.

Si pudiera resumir en una frase lo vivido en apenas una semana sería la siguiente: el deseo de aliviar el dolor del prójimo, guiado por una firme voluntad, unido además al sentido práctico para resolver los obstáculos que aparezcan en el camino, es un poderoso recurso del que todos disponemos. Si se le añade la unión fraternal ante la adversidad, nos hallamos ante uno de los motores que pueden transformar una sociedad para mejor.



En busca del sentido de la vida

Que un intérprete y compositor como David Gilmour, a sus setenta y ocho años, publique nuevo disco y anuncie gira es realmente loable y una gran noticia. Aunque su voz tan cálida y particular haya perdido matices, sus solos de guitarra siguen siendo de lo mejor de la historia del rock. En el aspecto compositivo es otro cantar. El auténtico genio de la composición en la discografía de los Floyd fue, sin duda, el controvertido Roger Waters (después de la salida de Barret).

Aunque Gilmour exprese en los medios de comunicación que su último disco es lo mejor que ha publicado desde *The Dark Side of The Moon*, hay que reconocer que, siendo un buen disco, está lejos de las grandes obras maestras del grupo. Junto a canciones brillantes (*Luck and Strange*, *The Piper's Call*) hay otras de corte más pop, bastante alejadas de las genialidades del grupo en los años 70.

David Gilmour, en su carrera como solista, siempre incluye grandes canciones de Pink Floyd en sus actuaciones en directo. Una de las obras maestras del grupo pertenece al disco *Meddle*, de 1971. Durante años después de la salida del grupo de Roger Waters, seguía tocándola en sus conciertos. Aunque la ejecución de *Echoes* en la película *Live at Pompei* es grandiosa, personalmente prefiero la del concierto *Live in Gdansk* de 2006, perteneciente a la gira *On a Island*.

Sin embargo, tras la muerte del teclista y amigo de Gilmour, Rick Wright, decidió no tocarla más en sus directos. Gilmour dijo que encuentra la ejecución de Wright como insuperable y por eso le parece inconcebible tocarla en vivo con otro teclista: «Hay algo que es específicamente individual en la forma en la que Rick y yo tocábamos que no puedes hacer que alguien lo aprenda y lo haga igual. La música no se trata de eso».

Siempre he considerado *Echoes* como la primera obra maestra del grupo. Concretamente, la interpretación de Gdansk es realmente sublime, y el diálogo entre la guitarra de Gilmour y los teclados de Wright alcanza momentos de una gran belleza. Además, entre ellos hay una gran complicidad, sus miradas, sus sonrisas, expresan el placer de tocar juntos y estar creando belleza.

Echoes es una pieza de veintitrés minutos donde la psicodelia y la música experimental de los inicios del grupo se combina con excelentes pasajes de rock progresivo. Es un avance de lo que iban a ser sus cuatro grandes obras maestras posteriores.

Roger Waters suele expresar letras muy enigmáticas y simbólicas. En este tema, bucea en la conexión entre los seres humanos y la búsqueda de un sentido profundo de la vida.

Si hay alguna idea que caracterice a la filosofía es encontrar un sentido a la existencia. Al respecto hay dos posturas muy marcadas: por una parte, la teoría materialista afirma que la vida ha surgido fruto de la casualidad. En determinado momento del choque de algunos elementos sin vida aparente, surge una chispa de vida que da comienzo al cosmos.

Sin embargo, desde el punto de vista filosófico aparece inmediatamente la siguiente pregunta: ¿qué es lo que mueve a la casualidad? Aristóteles afirmaba que todo lo que se mueve necesita de un motor que lo ponga en movimiento. Él hablaba de un motor inmóvil en comparación con todas las cosas que se movían como origen del movimiento.

Desde el punto de vista de las religiones, se habla de un Ser Cósmico superior que otorga la vida a todas las criaturas. Tanto si nos referimos a un Dios único como a multitud de dioses, vuelve a surgir la pregunta: ¿de dónde surge Dios? Nos damos cuenta, entonces, de que nuestra mente está limitada para llegar a ciertos conocimientos.



Los antiguos hindúes hablaban del Sadhana, el sentido de la vida que está presente en todos los seres vivos. Retomando el tema del movimiento decían que nada hay estático, todo marcha hacia algo. Hay una Inteligencia Cósmica que marca el sentido de la existencia, el Sadhana. ¿De dónde venimos? ¿Hacia dónde vamos?

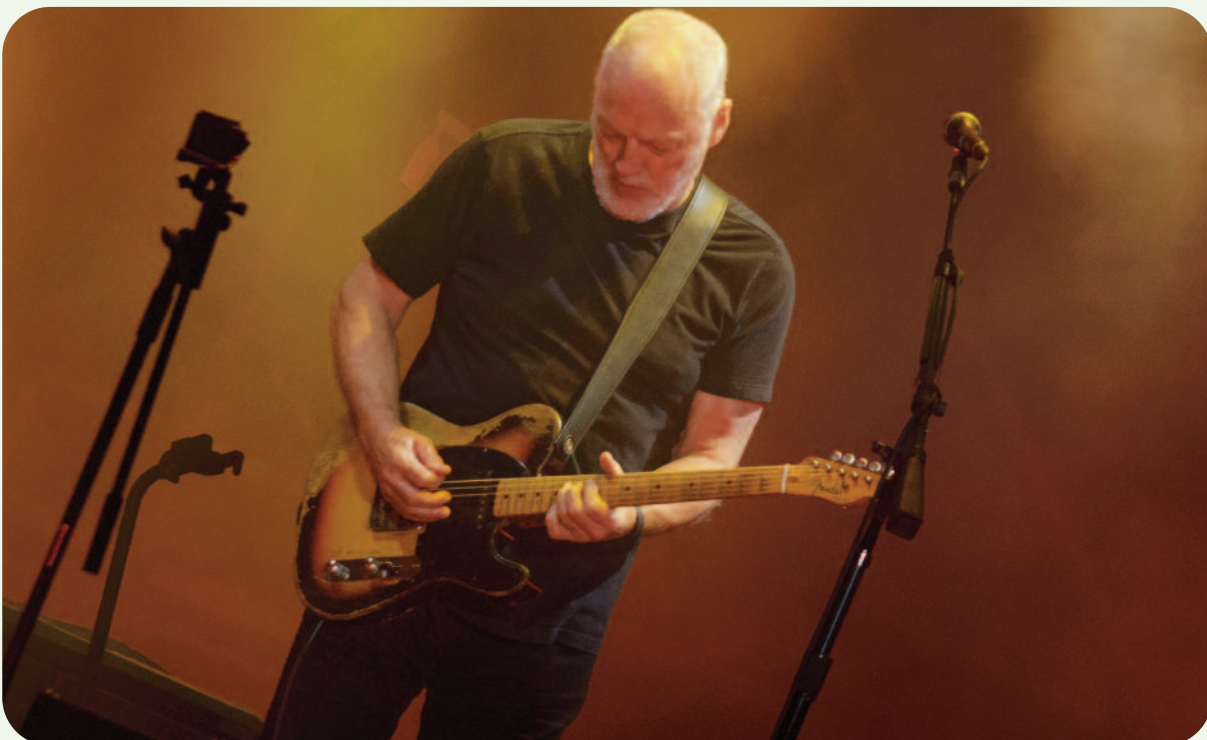
Si vemos una flecha en el aire, pensaríamos que surgió de un arquero y que se dirige hacia algún lugar. Podríamos decir que la existencia es una flecha en el aire lanzada por un Arquero Divino. Tal vez en algún momento fuimos «lanzados» a través del espacio-tiempo y nos dirigimos hacia algún lugar.

Los filósofos herméticos hablaban de una conexión evidente entre el macrocosmos y el microcosmos (concerniente al ser humano). Por ello, aunque nos resulte complicado encontrar el sentido de la vida a nivel cósmico, sí que depende de nosotros mismos encontrar el sentido a nuestra vida.

Seguramente, en algún momento nos hemos preguntado: ¿por qué estoy viviendo?, ¿para qué? ¿Nuestra vida es dirigida por el azar o buscamos una dirección a nuestra vida?

Muchas veces somos conducidos por las circunstancias de la vida. Esperamos a que las circunstancias sean favorables para poder actuar. Sin embargo, esta actitud no es muy inteligente. A lo largo de los años podemos darnos cuenta de que los momentos favorables y desfavorables no se pueden elegir. La filosofía nos recomendaría no esperar solo los momentos favorables, sino ser capaces de reconducir los momentos desfavorables en aspectos positivos.

Ante las dificultades de la vida, nos es más difícil encontrarle un sentido. Pero cuando hay dolor y sufrimiento también podemos aprender. Es un buen momento para parar, reflexionar y cambiar algunas estrategias. Podemos darnos cuenta de que es necesario aplicar cambios a nuestra vida.





Y, por encima de todo, para encontrar algo hay que buscarlo.

Hay una serie de claves que nos pueden ayudar a encontrar lo que buscamos.

* Llenar nuestra vida de acción. Actuar con aquellas acciones que son adecuadas. Kant decía que la buena voluntad es la que se rige por el deber y no por los instintos.

* Conocerse a sí mismo. Saber cómo somos realmente nos permite trabajar en aquello de lo que carecemos y que podemos potenciar.

* Vencer los obstáculos. No dejarse atrapar por los problemas por difíciles que parezcan. La imaginación es una buena herramienta para buscar soluciones. Y si nos equivocamos, no preocuparse demasiado, podemos convertir los fracasos en oportunidades para volver a empezar.

* La vida nos da oportunidades, pero hay que saber aprovecharlas. No podemos estar pendientes constantemente de nuestros problemas, pues podemos perder de vista esas oportunidades. Recordemos que el amanecer es efímero y no espera.

* También ayuda aprender a amar. La mejor forma de comprender a los demás es la generosidad. Ayudar a nuestros semejantes permite sentirse a gusto con uno mismo.

Practicar estos consejos puede ayudar a darle un sentido a nuestra vida. De nosotros depende buscar el sentido de la vida y de nuestra propia vida. Nos daremos cuenta de que nada sucede por casualidad.

Debemos encontrar lo que somos, cuál es nuestra misión en la vida. Para encontrar el sentido de la vida me vais a permitir que acabe con un cuento:

«Cuentan que los dioses, después de crear el universo, se preguntaban: ¿dónde podemos esconder la verdad para que a los seres humanos les sea difícil encontrarla? Vamos a ponerla en la cima de la montaña más alta, dijo uno. Otro dijo: pongámosla en la estrella más lejana, o en el abismo más profundo y oscuro. Incluso alguien dijo: escondámosla en el lado más secreto de la luna. Por fin, el más sabio y anciano de los dioses dijo: no, esconderemos la verdad dentro del corazón de los seres humanos. Así la buscaran en todo el universo sin darse cuenta de que la llevan dentro en todo momento».

LA CONCIENCIA DEL HÉROE: Beethoven, Hegel y Hölderlin

Jesús Arnau

En el Romanticismo el héroe tomará otra dimensión. El ser humano puede alcanzar conscientemente un estado del alma mas allá de los semidioses o de los mismos dioses; ahora el hombre puede elevarse hasta esa cima y conquistar su ambrosía. Lo hará, eso sí, con tesón y empeño a través de lo bello, transmutando lo mundano en divino.

El Romanticismo traerá el surgimiento de la sociedad moderna, donde se forjará una mentalidad individualista y antropocéntrica. El Romanticismo surge como una forma de ver la realidad desde otras dimensiones, y en él van a germinar la libertad, la igualdad y el amor como valores que potencializan el alma humana. Este impulso invita a las personas a buscar un sentido propio a sus vidas a través de la soledad, la quietud de ánimo y la ensoñación, sin que ello signifique la incomunicación o la indiferencia, pues se trata de una reflexión sobre la condición humana. El romántico se empeñará en estar mejor consigo mismo, con los demás y con el entorno que nos rodea. La condición moral, por encima de un yo pensante y racional, será el bastión de los mejores individuos.

1770 es el año en que nacen Hölderlin, Hegel y Beethoven: un poeta, un filósofo y un músico. Entre los tres, darán forma al ideal del héroe con sus pensamientos, sentimientos y acciones, y pondrán las bases del incipiente Romanticismo. Nacen dentro del viejo régimen europeo al que ven morir, así como ven nacer y desarrollarse el nuevo.

En Hölderlin, la humanidad se expresa en un doloroso parto de mitos que, rompiendo sus cadenas, se lanzan a la conquista del universo para caer fulminados por los celosos dioses: «llamo al destino para que me devuelva mi alma», dirá. Es la misma tragedia del héroe, la del hombre que cumple su gran destino como expresión de un designio que no es ya el suyo, sino el del espíritu, el de la humanidad, del que solo se es parte.

Como expondrá Hegel en su filosofía, el héroe es el que desciende el espíritu para realizarse. El héroe consciente de su triunfo, pero también de su tragedia, la conciencia desgraciada. Es el mismo héroe que surge en la *Heroica* de Beethoven.

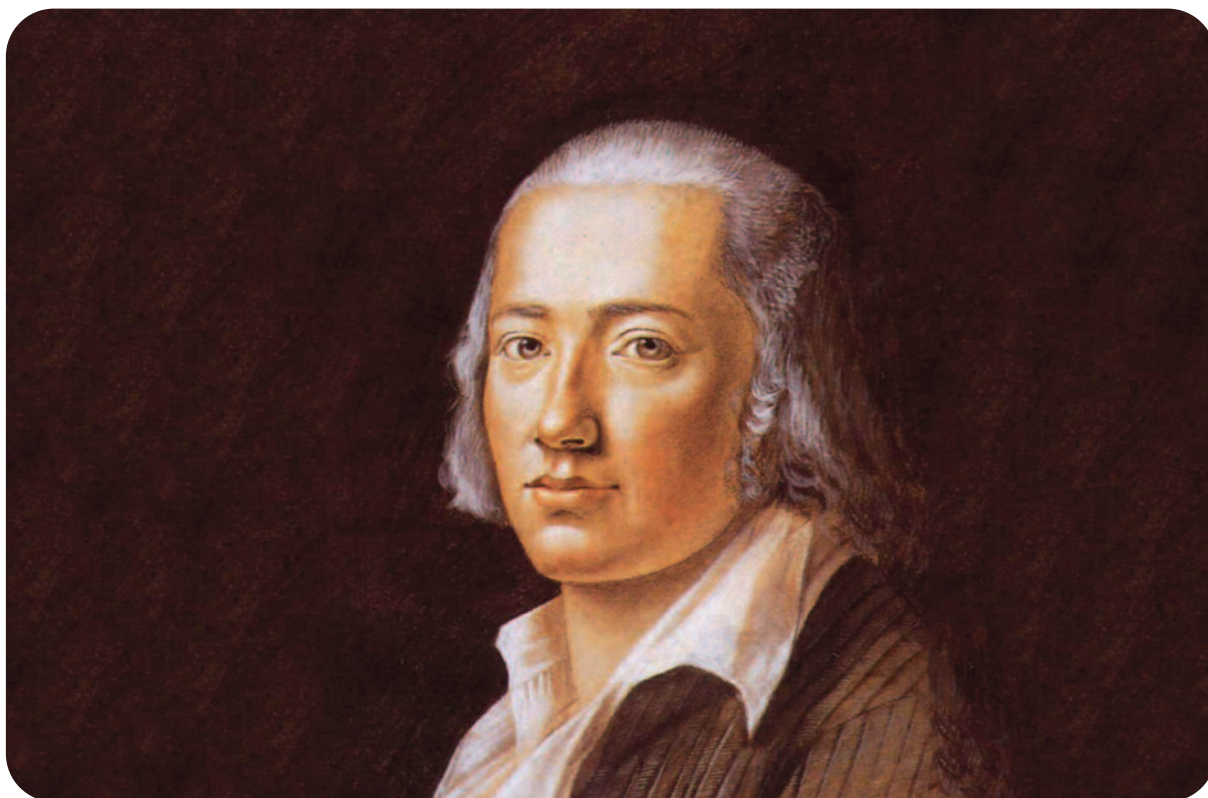
Hegel escribe la *Fenomenología del espíritu* en Jena, en 1807. En esta obra, la razón del espíritu toma diversas formas para realizarse. Aquel canto prometido de libertad absoluta de la Revolución se ha convertido en terror. Ahora, ese terror deberá transformarse en despotismo para hacer posible la auténtica libertad. El espíritu, en su realización, va tomando los caminos que considera más adecuados, mientras los hombres, sus realizadores, van de la afirmación gozosa a la decepción y de aquí a nuevas afirmaciones.

Beethoven, por su lado, temblará de ira cuando su héroe, creyéndose la encarnación misma de este espíritu, haga a un lado al libertador Bonaparte y se transforme en el emperador Napoleón I. Entonces, la *Tercera sinfonía* estará dedicada al héroe, no más a Bonaparte, que para él ha dejado de existir.

Hegel dice de la Revolución: «Por primera vez en la historia, el hombre tiene como base el pensamiento, y construye la realidad de acuerdo con él. Ha sido la más gloriosa aurora».

La naturaleza sin espíritu no existiría, en la medida en que no tendría conciencia de sí misma. Los poetas expresarán esta relación en torno a la idea de un Dios, una Divinidad, la cual no tendría existencia si en la tierra no existieran hombres capaces de hablar de ellos.

Hölderlin diría al respecto: «Lo sagrado necesita, para su completa gloria, de un corazón humano que lo sienta, que lo reconozca, del mismo modo que los héroes sienten la necesidad de ser reconocidos y coronados de laureles».



«La historia universal —dice Hegel— es la exposición del espíritu, de cómo el espíritu labora por llegar a saber lo que es en sí. No hay nada superior al espíritu, nada digno de ser su objeto. El espíritu no puede descansar ni ocuparse de otra cosa hasta saber lo que es». Y es en esta lucha por saberse a sí mismo lo que hace de un hombre un hombre.

Los hombres satisfacen su interés, pero al hacerlo producen algo más, algo que está en lo que hacen, pero que no estaba en su conciencia ni en su intención. Estos son los hombres comunes, pero ¿cuáles son los hombres extraordinarios, los héroes? Los héroes son los que se saben agentes del espíritu, sus instrumentos; los que ponen al servicio de este espíritu su naturaleza, su carne, su voluntad, sus instintos, todo lo que son, aunque todo eso sea destruido. El héroe podrá sentir satisfacción, la de ser consciente de su drama y actuar en él, pero nunca alegría, nunca felicidad.

Para Hegel, los hombres de más talento son aquellos que conocen el espíritu del pueblo y saben dirigirse por él. Estos son los grandes hombres de un pueblo, conforme al espíritu universal.

Para Hölderlin la poesía es una expresión del heroísmo. El verdadero poeta es el héroe consciente de su destino. Y su destino es la entrega al espíritu, la autoaniquilación para que el espíritu se realice. La poesía, como toda expresión del heroísmo, implica sufrimiento y sacrificio. El sufrimiento del que se sabe instrumento, algo utilizable para ser después desechado. «Pues aquellos que nos han otorgado el fuego celeste —dice Hölderlin—, es decir, los dioses, nos han dado también el divino sufrimiento. (...) Ese ha de destruir su propia casa y destrozar, como si fuera enemigo, lo que le es más querido (...); si no, nunca será como los dioses, nunca será nimbado de luz. (...) Los poetas debemos entrar, con la cabeza descubierta, hasta el mismo centro de la tormenta. Con nuestra propia mano hemos de tomar el rayo celeste y, envueltos en nuestro canto, transmitir al pueblo ese don divino». La felicidad del poeta viene porque ha tomado conciencia del alcance de su sacrificio. «La naturaleza que necesita un amo, se ha convertido en sierva mía... ¿qué son los dioses si yo no soy su heraldo? La locura será el costo de esta conciencia de lo divino».



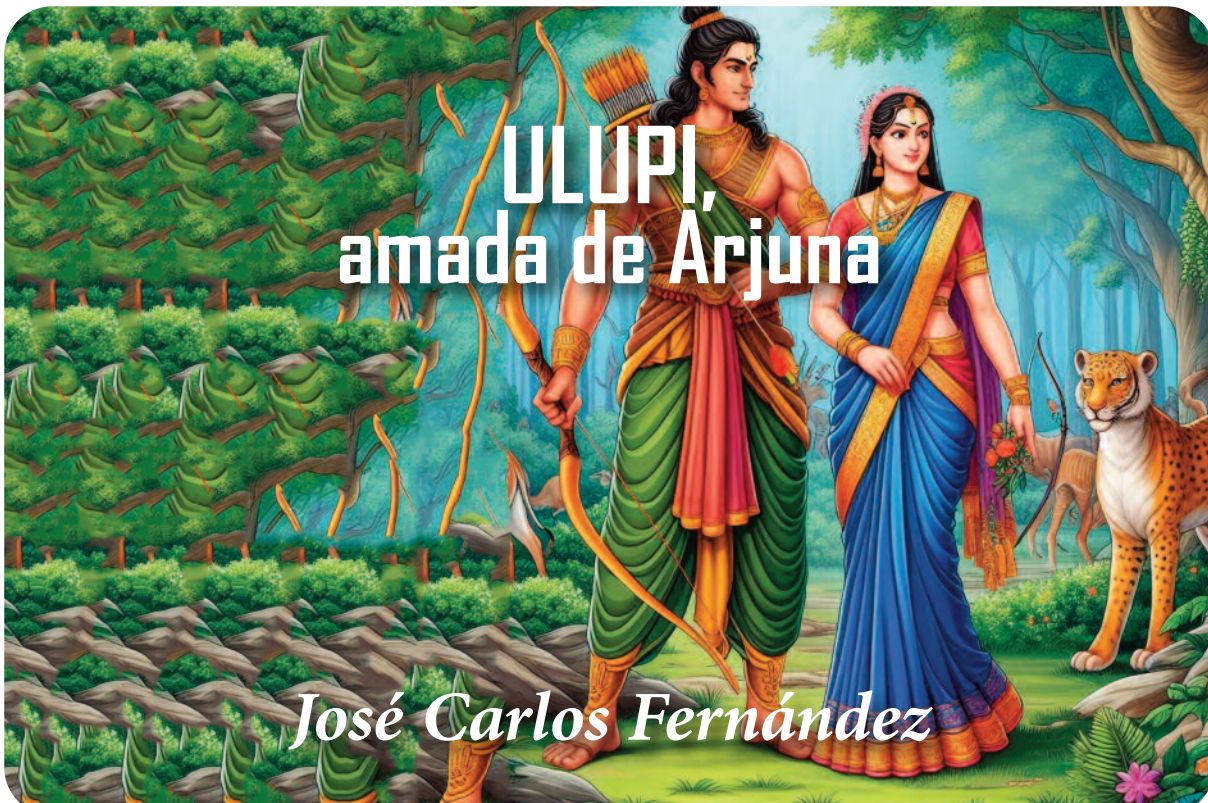


Según el razonamiento de Hegel, «en este mundo, solamente aquel que renuncia a sí mismo y, en consecuencia, solamente aquel que es universal, consigue la efectividad».

Beethoven será el primer referente musical en el que se mirarán las generaciones futuras; él orquestará esta concepción heroica del mundo. «¡Actúa —nos dirá— en vez de suplicar. Sacrificate sin esperanza de gloria ni recompensa. ¡Si quieres conocer los milagros, hazlos tú antes. Solo así podrá cumplirse tu peculiar destino». Su música es ya un acto de heroísmo, una lucha contra la naturaleza que le va impidiendo, ensordeciéndolo, captar el triunfo, su triunfo, el del ritmo sobre el sonido puro y simple. Un mundo sonoro que le es cada vez más ajeno a los oídos, y que le sale a torrentes de su cerebro y de sus prodigiosas manos. Pero no es solamente ritmo, sino un canto al mundo que está surgiendo, tal y como lo venía haciendo Hölderlin con su poesía. En la *Heroica*, como en la filosofía hegeliana, se hace expreso el dominio de la razón, pero ahora es una razón activa, consciente de sí misma e impregnada de sentimiento. Serena y racional es la *Marcha fúnebre*, para culminar en el triunfo alegre pero sereno.

Beethoven culminará con música el sentimiento concreto del hombre que se hace parte, pura y simple, de lo humano y de la humanidad. La *Novena sinfonía* culmina con un *Canto a la alegría*. Ya no es el canto al héroe, al decepcionante Bonaparte, sino a la comunidad, al pueblo, a la humanidad de la que es instrumento el héroe. El coro es ya suma de voluntades, suma de anhelos en busca de su propia trascendencia. Canto a la alegría de quien se sabe parte e instrumento de la comunidad que le trasciende. No ya la resignación, sino el gozo del que se sabe parte de lo divino.

Para hacer aún más claro este sentimiento, Beethoven recurre a otro de los grandes poetas alemanes contemporáneos suyos, Schiller. En este canto, la voz del poeta, similar a la de Hölderlin, dirá en palabras lo que Beethoven dice en sonidos, lo que ha dicho Hegel en su filosofía: la existencia personal basada en las relaciones universales del individuo con el género humano y con Dios, en la conciencia de la fraternidad y en la de hallarse sostenido por Dios. En una palabra, en el entrelazamiento del amor y del gozo en que se abrazan el individuo, Dios y los hombres. De esta alegría hablaba también Hölderlin al decir: «Entonces nos sentimos como si fuéramos un dios en su elemento propio, y nuestra alegría es un canto celestial».



Ulupi, eres hija del rey de los Nagas, que moran en las profundidades del mar de sabiduría, pero tu amor por Arjuna besándote al bañarse en tus aguas, te ha traído a la orilla de la vida y la muerte, pues tu eternidad no es el tiempo de Arjuna.

Tu vida es duradera como los mares que respiran con la presencia de la luna llena. Vives en el misterio de las profundidades, pero el amor de Arjuna te ha llamado, y lo has conducido a tu reino, a tu palacio encantado, el del rey Kauravya. Y en él ha ardido el fuego del sacrificio, encendido por Arjuna, alimentado por este héroe. Y te ha amado, porque también él es hijo de un dios, del dios del cielo, Indra.

Pero el héroe debe consumir su sacrificio en la tierra, sus trabajos continúan, sus pruebas continúan, y aunque el reposo en las ondulaciones del amor siga en su corazón como una caracola del mar, respondiendo a sus ecos, aún debe arder, quemar, purificarse, dejar el rastro de fuego que demuestra que es hijo de un dios. Por él mismo, que renueva en el tiempo su eternidad; por el mundo, a quien transforma y ennoblece; por el IDEAL, el dios mismo, que así responde con su voluntad y amor a la ley. Y no hay ley superior que la del sacrificio, gracias al cual todo vive y se mantiene unido.

Y tu amor, Ulupi, es sacrificio. Sacrificio sereno, sin lágrimas, pues el seno del mar profundo las impide. Pero no sin angustia, la propia y natural de todo lo que vive. Angustia por ver marcharse a tu amado. Angustia por saber que otras serán sus amadas, cuando su corazón ha reposado en tu mar insondable y en él se ha confundido con tus abrazos. Tu amor, como un suspiro, guiará sus aventuras en la tierra, y quizás aun en sus amores de un día te vea a ti misma, en tu sin-tiempo, en el lecho de tu palacio de tu mar insondable.

Y educarás a sus hijos, con otras, asumiendo formas mayávicas, para que sean hijos dignos de tal padre.


Y evitarás la maldición de los ocho Vasus, por haber vencido a su hermano crucificado y sufriendo y muriendo en un lecho de flechas, a Bishma, el hijo de la diosa del Ganges. Así, no descenderá por ello a los infiernos de la impiedad Arjuna, pues siguió las órdenes de Krishna, el gran maestro de ceremonia en el Kurukshetra, el campo de batalla.

Oh, nagini Ulupi, gracias a tu amor, Arjuna morirá y renacerá. En tu amor, que es como un mar insondable, morirá y renacerá, pues eres la hija del rey de los Nagas, y puedes evocar el poder de la joya de las serpientes, las que viven y se renuevan en el mar de la sabiduría y que, cuando es necesario, «moran bajo las piedras triangulares» y enseñan y guían a los mortales hijos de un día.

Ulupi, eres la princesa de un reino sumergido, de un pasado inmóvil, desde el cual, como un alma-serpiente, como un rayo de luz, puedes guiar aún los cometidos del héroe, y extender la luz de amor en su presente, y ser el refugio de su corazón en sus pruebas, que, en cierto modo, se convierten así también en las tuyas, pues sus victorias serán siempre hijas de tu amor.

Si Draupadi es el fuego llameante que permite llegar a Krishna y hermanados los cinco pandavas en su amor; si Subhadra, hermana de Krishna, es la luz espiritual libre ya de la prisión y raptando a Arjuna (pues es ella y no él quien conduce el carro de batalla); si Chitrangada es el amor-necesidad mismo, en el que engendrará un hijo con el que tendrá que combatir y aun morir, Ulupi es la reina de sus profundidades, de su santuario más íntimo, su amada misterio, la hija del rey de las serpientes.





SPINOZA y la inteligencia emocional

Carlos Pedro Bernat

El término *inteligencia emocional* lo puso de moda el psicólogo y escritor norteamericano David Goleman cuando, en 1995, publicó un libro con ese mismo título que fue *best seller* mundial.

Pero la verdad es que el tema de las emociones ha sido tratado por diversos autores a lo largo del tiempo. En concreto, el filósofo Spinoza, en el siglo XVII, ya trató este tema de las emociones y su importancia en el ser humano y su relación con la libertad personal o libre albedrío.

Spinoza habla de afectos, o sea, de elementos que afectan a nuestro cuerpo en el sentido de que pueden potenciar nuestra acción o disminuirla. Por ejemplo, la alegría (que no la felicidad) es una emoción que no depende de nosotros (es decir, de la que nosotros solo somos causa parcial) y que hace posible una expansión transitoria de ánimo, o sea, de nuestro potencial de vivir y de actuar. Al contrario, la tristeza o la melancolía nos conduce a un repliegue involuntario de nuestro ser y a una disminución provisional de nuestro potencial de vivir y de actuar.

En este aspecto, Spinoza nos dice que la servidumbre humana es eso: la impotencia para contener o moderar los propios sentimientos. Es el estar desbordados por el flujo de nuestros afectos, que son nuestros porque nosotros los vivimos, no porque seamos su causa.

El filósofo nos va a hablar de emociones pasivas y emociones activas. Una emoción pasiva es cuando nosotros padecemos una emoción, pero esta, en realidad, es causada por una idea mal entendida por nosotros, una idea confusa, equivocada, de cómo son las cosas. En cambio, en una emoción activa nosotros trabajamos sobre la causa, sobre el mundo de las ideas, y cuando estas son más claras y más verdaderas, podemos transformar la emoción desde ahí, la podemos trabajar.

Es decir, que para Spinoza las emociones son efectos, no causas. Las causas de nuestras emociones están en nuestra mente, y la emoción es como una reacción a lo que hay en ella. Decía Epicteto: «No son las cosas las que atormentan a los hombres, sino las ideas que se forman acerca de ellas».

Así, aunque es muy fácil decirle a alguien «no te enfades por esto, es una tontería», en la práctica es muy difícil hacerlo, ya que cuando nos toca a nosotros nos damos cuenta de la dificultad.

No podemos evitar sentir una emoción u otra ante algo que nos sucede, pero si queremos cambiar la emoción, tenemos que trabajar en el mundo de las ideas, las ideas que nos hacemos de las cosas, para que, cuando suceda lo que tiene que suceder, podamos reaccionar como nosotros queremos.

Así, libertad es el poder de determinarse a uno mismo cuando, en virtud de una modificación en nuestro modo de comprender, se modifica nuestro modo de sentir, dejando así de padecer determinadas emociones y empezando a ser agentes de nuestros afectos.

También Spinoza nos habla del deseo, y viene a decir: no es que las cosas sean deseables en sí mismas, sino que son deseables porque las deseamos. No es que deseamos algo porque sea valioso, sino que lo deseamos porque nosotros lo vemos como algo valioso.

Así, Spinoza nos dice que, en las afecciones que padecemos, no tenemos ninguna libertad. La libertad personal la podemos ejercer al trabajar sobre nuestras ideas, muchas veces confusas, equivocadas o fantasiosas.

Ese trabajar con nuestro entendimiento de las cosas, ese trabajar con las ideas, si bien es algo que requiere un esfuerzo importante de comprensión, es algo que vale la pena, pues puede transformar nuestras vidas.

«Cuando cambiamos la forma de mirar las cosas, las cosas que miramos cambian» (Dr. Wayne W. Dyer).





¿Qué es la VERDAD?

Victor Bijl

Permíteme contarte una historia sobre la verdad.

«No hace mucho, un viernes por la tarde, un hombre conducía de regreso a casa desde su trabajo. Estaba cansado y agotado de trabajar toda la semana, sentado durante largas horas, pero ese viernes había recibido buenas noticias: su jefe lo envió a casa temprano. Para este hombre, su pareja era su refugio, su lugar seguro, la persona con la que podía sentirse en paz. Así que decidió llamarla, feliz de decirle que podría llegar a casa a una hora razonable, mucho antes de lo que normalmente lo haría. Su trabajo estaba bastante lejos de su casa, así que cuando ella no respondió después de cuatro sonidos de llamada, su mente comenzó a acelerarse. ¿Le había pasado algo? ¿Se había caído? ¿Alguien había entrado en la casa? ¿Estaba... siendo infiel?»

Las preguntas se volvieron más deprimentes a medida que continuaba su camino a casa. Su mente empezó a crear una verdad, una verdad que se volvió más real cuanto más se acercaba a su casa. Incluso cuando estacionó su coche, sacó nerviosamente las llaves y caminó hacia la puerta principal. Las luces dentro estaban apagadas, pero el coche de ella estaba estacionado afuera. Esto lo puso aún más ansioso mientras reunía fuerzas para entrar en su hogar. Su mente creó una verdad en la que su pareja le era infiel. Abrió la puerta, entró en la oscura sala de estar y esperó escuchando un momento: un silencio absoluto. Su memoria lo guio hacia el interruptor de la luz. Encendió las luces y, cuando lo hizo, sus amigos, su familia, algunos colegas y, lo más importante, su fiel esposa, saltaron para sorprenderlo, celebrando su cumpleaños. La verdad que él creó resultó ser falsa; la verdadera verdad estaba muy lejos de lo que había imaginado».

Aquí menciono a un hombre que tiene pensamientos negativos hacia su pareja, pero fácilmente podría haber sido una mujer que siguió el mismo camino hacia la «verdad». En su caso, su pareja estaba jugando videojuegos en lugar de demostrar que no era digno de su amor.

Seguramente, estos ejemplos son bastante extremos, pero destacan algo muy importante que se aplica en situaciones menos serias. Cosas como la pregunta de cuál es el verdadero color del agua. O el color del cielo, quizás. La pregunta de si la piña en la pizza es un error o deliciosa. Si tenemos control sobre nuestras vidas o no. Todas estas cosas, y muchas más, giran en torno a encontrar la verdad y la importancia de caminar por el camino hacia su descubrimiento.

La búsqueda de la verdad

En nuestra búsqueda de la verdad, es fácil enfocarse únicamente en la meta final, creyendo que el descubrimiento en sí es el premio definitivo. Sin embargo, como sugieren muchas grandes tradiciones y alegorías a lo largo de las culturas, la búsqueda en sí misma suele ser más importante que el destino. El buscador, sin embargo, debe tener cuidado cuando camina por el camino hacia la verdad. Después de todo, por muy esquivada que sea, no es solo una respuesta final que se debe encontrar; es un proceso de crecimiento, aprendizaje y transformación si se lleva a cabo utilizando los principios de la acción y el pensamiento correctos.

En el caso de nuestro hombre, darse cuenta de la verdad de la situación podría ser una sabia lección para él, para que tenga cuidado al viajar por el camino hacia la verdad. Entender que nuestros sentidos pueden fallarnos puede hacernos conscientes de la manera en que estamos buscando la verdad.

En el budismo zen, la historia del pastor de bueyes ilustra esto de manera hermosa. La historia habla de un pastor que se dispone a encontrar al buey, lo que representa la búsqueda de la iluminación. Experimenta etapas de duda, de descubrimiento y, finalmente, una comprensión de que el viaje en sí mismo es donde ocurre la



transformación. Esta serie de ilustraciones, conocidas como las *imágenes del pastor de bueyes*, nos enseña que la verdadera sabiduría se adquiere en el proceso de búsqueda, no simplemente en la obtención de un objetivo. Nos volvemos más conscientes, más sintonizados con nosotros mismos y, en última instancia, más abiertos a la verdad que se despliega a nuestro alrededor.

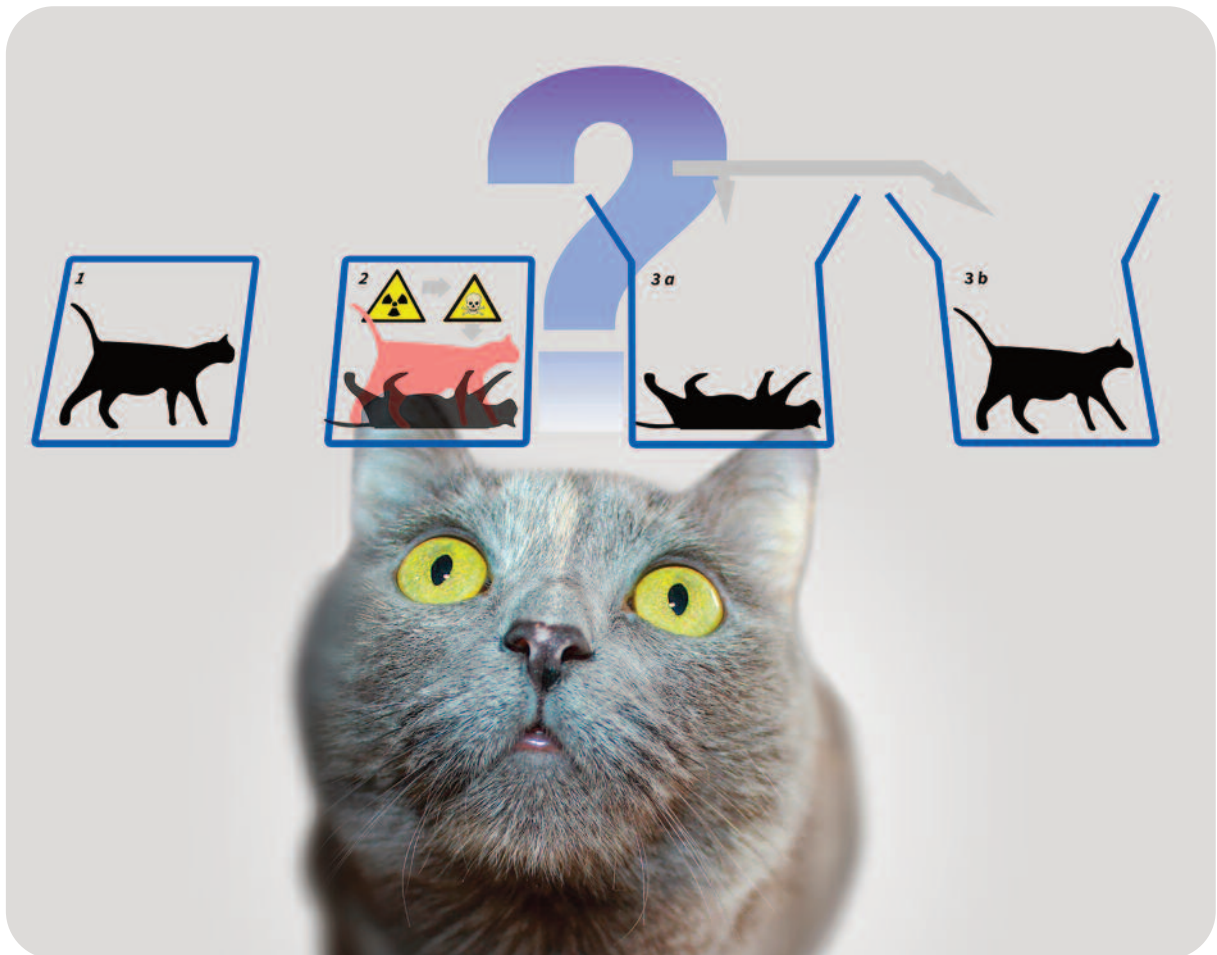
La naturaleza de la verdad

En tu viaje, pronto te darás cuenta de que la verdad, y lo que es, no es una sola cosa. La alegoría de la caverna de Platón lo describe de manera hermosa. El viaje del prisionero al escapar, después de darse cuenta de lo ilusorias que son las sombras, simboliza la búsqueda de la verdad y su comprensión más allá de las apariencias superficiales. Sugiere que la iluminación es un proceso continuo y que el arduo esfuerzo por buscar la verdad (salir de la caverna) es mucho más transformador e importante que una realización o conclusión en sí. El proceso de búsqueda lleva al crecimiento y la sabiduría.

Incluso las leyendas artúricas del santo grial sugieren que el grial, como símbolo de la verdad divina, no es tan importante como el desarrollo moral y espiritual de los caballeros que lo buscan. La búsqueda pone a prueba su carácter y resolución, sugiriendo que el verdadero valor radica en el proceso de esforzarse, soportar y evolucionar.

Al reflexionar sobre estas historias, vemos que el camino hacia la verdad está lleno de pruebas y desafíos, no como obstáculos a superar, sino como elementos esenciales del propio viaje. Son estas experiencias las que nos enriquecen, haciéndonos más fuertes y sabios. El destino, aunque valioso, sirve como un recordatorio de que lo que nos moldea, lo que realmente importa, es la búsqueda.





Abraza el viaje con apertura y humildad, reconociendo que cada paso, cada desafío, es una oportunidad de crecimiento. Ya sea que la verdad que buscamos sea la iluminación, el autoconocimiento o una mayor comprensión del universo, es el esfuerzo lo que revela nuestro carácter y, en última instancia, la esencia de la verdad que deseamos entender.

El gato

Lo que se debe evitar es la idea equivocada de que la verdad puede ser dos cosas al mismo tiempo, como el gato más famoso después de Garfield, el gato de Schrödinger. Veamos este fenómeno desde la perspectiva de la verdad. La analogía ilustra el principio de incertidumbre del mundo cuántico. Sugiere que, antes de que se haga una observación, una partícula —una perturbación en el campo universal (evitemos entrar en la semántica de esto)— está en un estado de superposición; un estado en el que existe y ya ha dejado de existir. El gato está vivo y muerto hasta que lo observamos.

Si bien esto se aplica al reino cuántico, nuestras verdades personales a menudo reflejan esta incertidumbre. Podemos crear realidades basadas en lo que pensamos, como vimos en el ejemplo del hombre que conducía a casa desde el trabajo. Sin embargo, la verdad fundamental no está en una superposición, ya que existe independientemente de nuestra percepción. Incluso si nuestras mentes luchan por comprenderla, o incluso aceptarla, la Verdad con mayúscula es singular e inmutable.

El mundo cuántico se comporta de maneras que desafían la lógica, haciéndolo parecer una dimensión imaginaria. De manera similar, las «verdades» que creamos en nuestra

mente a menudo nacen de la imaginación. Es importante reconocer esto, porque entender lo que pensamos que podría ser verdad y lo que realmente es verdad probablemente no sea lo mismo. La verdad en nuestro mundo, nacida del mundo de las ideas, sigue siendo singular y concreta, independiente de nuestro miedo, esperanzas o dudas.

¿Es toda la verdad buena?

Te oigo preguntar: ¿es toda la verdad buena? Mi respuesta es «no», o más bien, «no toda la verdad es buena para ti, a nivel personal». No toda verdad mejorará tu vida, te hará más feliz o te dará lo que esperabas encontrar.

También diría que, independientemente de su potencial para contener algo bueno, toda verdad vale la pena de ser buscada. ¿Ves, querido buscador?, la verdad no es ni buena ni mala; simplemente es. Nuestra interpretación de ella y la razón por la cual algo es verdad definiría su bondad o maldad. Descubrir que la verdad de tu pareja es una fiesta sorpresa de cumpleaños puede verse genuinamente más cerca de lo bueno que de lo malo, ¿no estarías de acuerdo? Sin embargo, descubrir que tu mejor amigo ha estado diciendo cosas deshonestas sobre ti está claramente lejos de ser «bueno». Algunas verdades deben ser ignoradas, dejadas en un estado de olvido, ignoradas, para que puedas concentrarte en aquellos viajes que realmente buscan una verdad que se considera «buena».





Esto nos deja con una pregunta que quizás queramos hacernos: «Si participo en una acción o tomo una decisión —algo que nadie ve en el momento de hacerlo o elegir— y se descubre, ¿el resultado de ese descubrimiento sería bueno —es decir, mejor para los demás, incluido tú mismo— o sería percibido como malo, es decir, no bueno para ti u otros?».

La fuerza de la verdad final

Tomar el control de nuestras decisiones y concentrarnos en tomar acciones correctas; decidir que nuestra participación en esta gloriosa oportunidad de estar vivos es de naturaleza buena, dejará un camino que otros podrán seguir, solo para descubrir la bondad de tu verdad, habiéndose mejorado a sí mismos en su propia búsqueda.

Debemos ser firmes en nuestra búsqueda de la verdad, y estar listos para aceptar una verdad que pueda ofendernos, ya que mientras caminamos por el camino, podemos pisar hierba que cobija una serpiente. Sin embargo, mientras avanzamos por el camino hacia la verdad, debemos asegurarnos de que nuestras propias acciones lleven a los demás, incluyéndonos a nosotros mismos, hacia las «verdades» buenas, tratando con todas nuestras fuerzas de evitar las verdades dañinas. Solo entonces, oh querido descubridor, seremos lo suficientemente fuertes, lo suficientemente valientes, lo suficientemente puros y estaremos listos para alcanzar la verdadera Verdad.



LA ECONOMÍA DE LA FELICIDAD: el decrecimiento económico controlado

Carlos Paiva Neves

A menudo nos detenemos a reflexionar sobre la idea de la felicidad. Este ejercicio parece estar rodeado de una complejidad que suele considerarse subjetiva. Intentemos simplificarlo, pues esta subjetividad probablemente está ligada a la infelicidad y a la insatisfacción humana. Aunque parecen conceptos opuestos, me atrevo a afirmar que el camino hacia la infelicidad es mucho más perceptible que esa idea de felicidad cuya naturaleza buscamos complicando su comprensión. ¿Por qué no asumimos el carácter sencillo y puro de la felicidad como un estado de ánimo que está tan cerca de nosotros? La felicidad puede darnos, de forma vibrante y simple, un estado de conciencia plenamente satisfecho. Su origen en latín, *felicitas*, puede significar fertilidad, felicidad, buena fortuna, suerte, favor de los dioses y prosperidad.

Heráclito, filósofo presocrático (500-450 a. C.), dejó una máxima al respecto: «Si la felicidad residiera en los placeres del cuerpo, diríamos que los bueyes son felices cuando encuentran heno para pastar». Sócrates (470-399 a. C.) decía a sus discípulos que tenía todo lo que deseaba, pero que le encantaba ir al mercado para descubrir que seguía siendo completamente feliz sin ese montón de cosas. Platón (428-348 a. C.) promovió el ejercicio de la templanza en la búsqueda de la riqueza material para que, al fortalecer la moderación, una persona pudiera preservar así el orden de su psique. Diógenes de Sinope (412-323 a. C.), filósofo cínico, interpretaba la felicidad mediante una vida simple y el regreso a la naturaleza, a pesar de todas las convenciones y costumbres que tienden a alejarnos de ella. Epicuro (342-270 a. C.) identificó la raíz del mal en la intemperancia de los deseos, que, bajo el efecto de una falsa representación de placer y felicidad, nos impulsa a poseer sin límite y a buscar, a cualquier precio, un pequeño poder o gloria momentánea. Lao Tse (ss. V-IV a. C.), filósofo de la antigua China, propuso la renuncia a lo superfluo y defendió una ética de frugalidad y autolimitación, valorando la armonía con la naturaleza más que la acumulación de bienes materiales.

Lao Tse también nos enseña que la sabiduría es el camino para desprenderse del exceso, la extravagancia y la exageración. La idea de la felicidad, entonces, no tiene ninguna dependencia con lo material ni conexión con las posesiones y lo transitorio.

En cuanto a la economía, sabemos que su origen viene del griego *oikonomía*, que significa, simplemente, 'la gestión de la casa'. Sin adentrarnos en las grandes definiciones de micro y macroeconomía, conviene recordar que en su origen está todo lo que nuestros padres nos enseñaron cuando usábamos una hucha para ahorrar. Por muchas definiciones que podamos dar de la economía, vale la pena reforzar esta idea de moderación en el gasto, o la ventaja de gastar poco. Serge Latouche, economista y filósofo francés nacido en 1940, exploró la idea de la economía como un «ideal de frugalidad», donde se vive «una abundancia frugal dentro de una sociedad solidaria», lo que significa sobriedad, templanza, moderación, comedimiento, parquedad.

Sin embargo, a pesar de estas sabias referencias ancestrales, ¿por qué se consolidó la sociedad de consumo? Podríamos pensar en una cierta obstinación de la historia o en una ilusión colectiva persistente, que atravesó y se conformó en las diferentes fases de la humanidad, explicado por la teoría de la *Path Dependence* o dependencia de trayectoria, la ley de continuidad predicada por Leibniz. Esta trayectoria, consolidada desde hace mucho tiempo, fortaleció a la sociedad burguesa en el siglo XIV, enraizada en la expansión comercial que trajo la mundialización o globalización, iniciada a finales de los siglos XV-XVI y catapultada por las conquistas materiales de la Revolución Industrial en los siglos XVIII-XIX. Casi siempre estamos afectados e influenciados por la ventaja de ser contemporáneos de la historia presente, lo que podríamos llamar «el efecto de contemporaneidad». Pero podemos ser conscientes de cosas de otros tiempos vividas en nuestro tiempo. De hecho, el comportamiento consumista ya viene de lejos.





Por ejemplo, a principios del siglo XX, cuando el telégrafo aún era una tecnología de comunicación de excelencia, al igual que hoy lo es Internet, la empresa Sears, una cadena de ventas a distancia fundada en 1893 en los Estados Unidos, enviaba diariamente 100.000 pedidos en 1905, negocio garantizado por dos tecnologías emergentes: el telégrafo y el tren de vapor.

Hoy en día, ya no tiene sentido hablar de consumo, sino de hiperconsumo y su impacto en la salud humana y en la preservación del planeta: el exceso de consumo de carne, sal, alcohol, azúcar y grasas han disparado la obesidad, el colesterol, la hipertensión, la cirrosis y la diabetes. Además, vemos que la distribución y producción de riqueza es asimétrica entre el hemisferio norte y el sur. En el primero, el exceso de riqueza daña la calidad de vida de sus habitantes; en el segundo, la pobreza extrema afecta a sus habitantes. Algunos sufren los efectos del hiperconsumo, otros los del hipoconsumo.

Esta obsesión actual con la variación del indicador de crecimiento económico, conocido como producto interior bruto, que debe crecer cueste lo que cueste, con enormes perjuicios para el equilibrio del planeta Tierra, mereció una reflexión del economista John Stuart Mill (1806-1873), en total sintonía con los principios del decrecimiento económico controlado: «Si la Tierra ha de perder la mayor parte de su belleza por los daños provocados por un crecimiento ilimitado de la riqueza y la población, entonces, por el bien de la posteridad, deseo sinceramente que nos contentemos en quedarnos como estamos en las condiciones actuales, antes de que nos veamos obligados a hacerlo por necesidad». En verdad, ¿hacia dónde nos conduce esta obsesión del «sagrado altar de la economía mundial» que nos impone la idea destructiva de la necesidad de un crecimiento ilimitado del producto interior bruto?

Serge Latouche argumenta que todos los organismos crecen, ya que siguen una ley natural. Sin embargo, distingue los organismos naturales del organismo económico, y afirma que este último no tiene nada de natural y solo aspira a sobrevivir a las consecuencias de su inserción en el ecosistema del planeta, ajeno e indiferente a sus efectos.

Para comprender mejor la naturaleza de la economía de crecimiento, comparemos este concepto con el de *entropía*, surgido en 1865 con Rudolf Clausius (1822-1888) como caracterización de la segunda ley de la termodinámica: «la energía del universo es constante y su entropía aumenta continuamente». Podríamos suponer lo contrario, es decir, que la energía del universo crece continuamente mientras que la entropía permanece constante. Sin embargo, es la entropía la que varía, aumentando a medida que crece el desorden. Pero ¿cómo entender la entropía? En términos generales, es la medida del desorden o aleatoriedad de un sistema, ejemplificado por la dispersión de un perfume en una habitación. Cuando se pulveriza, las moléculas del perfume tienen un alto grado de aleatoriedad y diferentes velocidades, debido a pequeñas variaciones en la temperatura y presión del aire dentro de la habitación; en esas condiciones, su entropía aumenta, es decir, crece el desorden.

La creencia en la posibilidad de que un crecimiento económico pueda ser ilimitado está fuertemente desacreditada. El crecimiento económico no tiene un comportamiento entrópico como el del perfume; como mucho, puede representar un alto grado de desorden en la economía cuando conduce a fenómenos elevados de superávit (resultado presupuestario con más ingresos que gastos) y, como consecuencia, a deflación (lo opuesto a la inflación).



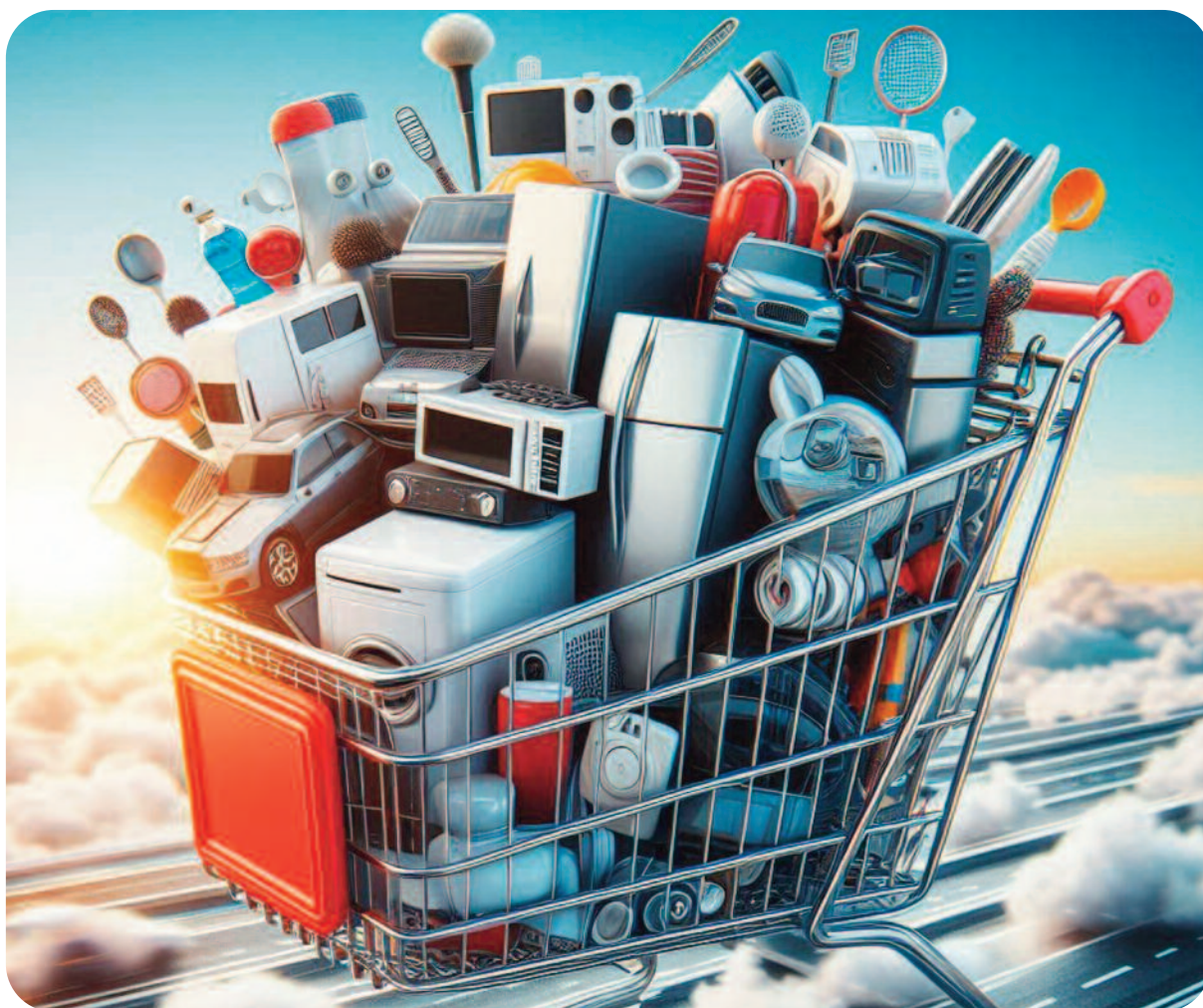


Esta obsesión por el crecimiento económico parece alcanzar niveles dramáticos, al punto de que los expertos a veces dicen que los mercados «se ponen nerviosos». Parece una personificación, pero, si lo analizamos bien, ¿qué son los mercados? Entendemos los mercados como el conjunto de consumidores en un sentido amplio, un elemento clave en la gobernanza de las economías modernas. En junio de 2023, un periódico especializado en economía publicaba la siguiente noticia: «Irlanda, campeona del crecimiento, entra en recesión técnica», después de haber alcanzado un crecimiento interanual del producto interno bruto de aproximadamente 13% en el último trimestre de 2022, reduciéndose en un 0.3% en el primer trimestre de 2023. Aquí tenemos un ejemplo del drama de la economía al enfrentarse con disminuciones, aunque sean pequeñas. Entonces, ¿cómo se produce el antídoto para calmar los mercados? A través de la estrategia de incentivo al consumo: promoviendo acciones de marketing para crear lo superfluo; ofreciendo sistemas de crédito que facilitan el acceso al consumo y difundiendo el modelo de obsolescencia programada, cuyo objetivo es hacer que el producto deje de ser funcional al poco tiempo de su vida útil.

Pero ¿cuál es la fuerza motriz detrás de esta obsesión por el crecimiento del PIB? Uno de los economistas más destacados de la primera mitad del siglo XX, Joseph Schumpeter (1883-1950), desarrolló una teoría que llamó «destrucción creativa», que promueve la innovación tecnológica como motor del desarrollo del modelo capitalista y, en consecuencia, como impulsor del crecimiento económico. La idea de la destrucción creativa es generar avances tecnológicos en los productos, haciendo que las versiones anteriores queden obsoletas para inducir en los mercados necesidades aparentes que llevan a los consumidores a comportamientos irracionales extremos, como, por ejemplo, dormir fuera de las grandes superficies comerciales para asegurar la adquisición de la nueva versión de un producto tecnológico. Es la generación de ciclos de destrucción,

creación, destrucción, creación... para cumplir con un lema de los empresarios modernos: «la innovación es una invención que encuentra su mercado». Esto no significa que entendamos la innovación como un proceso perjudicial e innecesario; al contrario, es gracias a la innovación como avanzamos científica y tecnológicamente. Sin embargo, la innovación como proceso complejo, desde la perspectiva filosófica, requiere un código de ética propio, cooperativo, solidario y que realmente vele por el bien común.

La ley de conservación como una de las leyes morales en la codificación de Allan Kardec tiene una relación directa con los principios de la economía de la felicidad. El tema por excelencia de esta economía se denomina «instinto de conservación». Es parte de nuestra naturaleza preservar la salud, conservar un estado corporal y mental equilibrado. Nos alteramos cuando algo falla en los elementos tecnológicos que deberían facilitarnos la vida diaria: el coche, el móvil, el refrigerador, el calentador de agua o el cilindro de agua caliente. A menudo, incluso nos olvidamos de los cuidados necesarios para mantener ese estado de preservación de sus características funcionales. No es natural adquirir algo nuevo cuando lo viejo aún puede ser reparado, conservado, preservado. La conciencia de los excesos, de la ambición, de los placeres, de las emociones y de los deseos es fundamental para poder definir los límites de lo necesario y lo superfluo. Conocer realmente esta frontera es un signo de sabiduría, reconociendo al mismo tiempo que son los vicios los que dominan las necesidades ilusorias.



Estas ideas asociadas al decrecimiento económico no son una gran novedad contemporánea. Serge Latouche nos presenta en su libro *Les précurseurs de la décroissance. Une anthologie* una lista de pensadores que defendieron estos principios desde las civilizaciones más antiguas. No sería posible enumerarlos todos, pero hemos optado por citar solo algunos, aquellos que seleccionamos con una visión muy diferente, como críticos de la Revolución Industrial y de la sociedad de consumo.

John Stuart Mill (1806-1873), uno de los filósofos de lengua inglesa más influyentes del siglo XIX, que también se dedicó al estudio de la economía, vivió el auge de la nueva Revolución Industrial y fue uno de los pocos en tener una visión ajustada a los tiempos actuales: «(...) el dinamismo de la vida económica se detiene en el umbral de los rendimientos decrecientes, que no son otra cosa que la finitud de la naturaleza, la escasez de tierras fértiles, el agotamiento de las minas, los límites del planeta (...) Sobraría tanto espacio para todo tipo de cultura moral y progreso moral y social; igual para mejorar el arte de vivir y con mayor probabilidad de verlo evolucionar, una vez que las almas dejen de estar llenas de ansias de riqueza (...) Todas las invenciones mecánicas realizadas hasta ahora han disminuido el esfuerzo cotidiano del ser humano; han aumentado la comodidad de las clases medias, pero aún no han comenzado a actuar en el destino de la humanidad» (la ética del estado estacionario, la lógica económica permanece inmutable, no es consecuencia directa de la elección de la sociedad, sino de un umbral externo, como la escasez de tierras según Thomas Malthus).

Thomas Malthus (1766-1834) fue un clérigo anglicano, iluminista, versado en asuntos de economía y demografía, conocido por su teoría del control del aumento poblacional. Esta teoría sostiene que los medios de subsistencia crecen en progresión aritmética, mientras que la población crece en progresión geométrica, siendo necesario imponer





límites estrictos para la reproducción. Jorge Ángel Livraga escribió un artículo titulado «La trágica profecía de Malthus», en el cual preconiza que, «a pesar de lo odioso que nos resulte reconocerlo y de los evidentes errores de detalle, la teoría de Malthus sigue en pie».

Mahatma Gandhi (1869-1948) nos deja la máxima de que «la tierra es lo suficientemente grande para satisfacer las necesidades de todos, pero siempre será demasiado pequeña para satisfacer la avaricia de algunos». Y añade que «no hay necesidad de seguir el sistema de la competencia, de la competitividad que atormenta la vida». La sabiduría de Gandhi establece que el bienestar es necesario, pero más allá de un cierto límite se convierte en un obstáculo, porque detrás de la creación de necesidades ilimitadas se oculta una trampa: la degeneración en el culto de la materia.

Lewis Mumford (1895-1990), historiador estadounidense, denuncia un crecimiento artificial de necesidades que no hacen más felices a los ciudadanos. Defiende un regionalismo descentralizado, una ciudad a escala humana, un equilibrio entre la industria y la agricultura y, sobre todo, se adhiere a la nueva idea de la época, de una «democracia de ayuda mutua y plenitud». Mumford advirtió que la sociedad tecnológica debía estar en armonía con el desarrollo personal y las aspiraciones culturales regionales. Como avanzamos anteriormente, se trata de abordar el tema de la innovación científica y tecnológica con un sentido ético.

Georges Bataille (1897-1962), escritor francés poco conocido en vida, pero que influyó a muchos otros después de su muerte, escribió ensayos sobre el misticismo de la economía. El gasto es una pieza fundadora y un concepto clave de la crítica de Bataille a la economía tradicional. De hecho, en la moderación del gasto reside el equilibrio entre la necesidad efectiva y lo superfluo, así como la atención a las prioridades.



Desde esta perspectiva del gasto, Georges Bataille configura una imagen muy original relacionada con la porción muy reducida de energía disponible y circulante que se utiliza en el crecimiento del sistema viviente. A la energía sobrante, Bataille la llama «servil o subyugada», un excedente considerable de energía disponible, que resulta en una limitación, frente a la posibilidad de un empleo útil de energía que esté optimizado para el crecimiento del sistema. Queda la idea de una satisfacción intrínseca al ser humano, que deriva del desperdicio puro y simple, de la obsesión por el crecimiento, otorgando una seguridad ilusoria, solo por su realización, que busca perpetuar el uso de energía servil. Podemos designarlo como autosubyugación del desperdicio, sin capacidad filosófica para detener esta realidad nefasta de la energía servil. De este modo, el gasto ocupa un lugar estratégico en el funcionamiento de las sociedades humanas, que para Bataille tiene «una finalidad suprema: la destrucción». Esta finalidad no se centra en la existencia o supervivencia, sino en el gasto. Bataille afirma que «esta economía que reduce a los seres humanos al estado de átomos calculadores del crecimiento, los dirige al culto del momento servil y a la urgencia original de supervivencia. El desafío es confrontar una sociedad de decrecimiento para recalificar los caminos del gasto y no preservar una existencia ya demasiado preservada e inmóvil». Bataille nos deja su testimonio sobre la necesidad de dedicarnos a la economía, priorizando su componente filosófica.

Lanza del Vasto (1901-1981) fue un filósofo y poeta italiano, apodado el Gandhi del Occidente, ya que reencontró decisivamente a Mahatma Gandhi en su libro *Peregrinación a las fuentes* (1943). Este filósofo afirmó que «es posible vivir una fraternidad simplificando la existencia cotidiana, revisando las necesidades para reducirlas a lo esencial, compartiendo los recursos, con sus manos, velando para que no pese sobre el planeta y los demás, redescubriendo la vía espiritual y el sentido de la

fiesta, y demostrar que eso no es difícil ni doloroso. Que nos esforcemos por no violar y romper el vínculo que Dios y la Naturaleza pusieron entre lo que pide la boca y lo que las dos manos pueden producir. Que reduzcamos nuestros deseos a nuestras necesidades y nuestras necesidades al extremo, para liberarnos de la lucha excesiva (...).» Lanza del Vasto expresa aquí un valor inconmensurable para la existencia humana en las sociedades llamadas desarrolladas. Preste el lector atención a la palabra que este autor eligió, *labuta*, que significa ‘trabajo pesado y perseverante o labor con lucha’, la realidad que nos impulsa imbricados y aprisionados en el tiempo invertido en la satisfacción de los vicios y los deseos. La economía de la felicidad valora, sobre todo, el trabajo, como ley moral, para la satisfacción de nuestras necesidades estrictas, liberándonos del tiempo que debe ser dedicado a la imaginación y la creatividad. Trabajar más, «labutar» menos, para crear muchos caminos de filosofía.

Simone Weil (1909-1943) fue una escritora y filósofa francesa, y una de las mentes más brillantes del siglo XX, a pesar de su corta existencia. Estudió a los maniqueos, gnósticos, pitagóricos, estoicos, el taoísmo y el budismo. Devoró el Libro de los Muertos del antiguo Egipto, y quedó tan impresionada con el *Bhagavad Gita* que comenzó a aprender sánscrito por su cuenta. Obtuvo licencia de dos años de su magisterio para estar entre los obreros de la línea de montaje de Renault, y así estudiar las relaciones del proletariado. Pero no se piense que su pensamiento estuvo cercano a la corriente marxista, ya que criticó las ideas de Karl Marx (1818-1883).



A la lógica del crecimiento económico la llamó «ley de la fuerza», que parece existir de manera velada y misteriosa: «(...) parece que el hombre no puede aliviar el yugo de las necesidades naturales sin cargar con el yugo de la opresión social, como por el juego de un equilibrio misterioso (...). Fue solo la intoxicación provocada por la velocidad del progreso técnico lo que dio origen a la idea loca de que el trabajo podría algún día volverse superfluo». Esta idea desarrollada por Simone Weil representa una simbiosis ampliamente automatizada entre los cubos de las necesidades y la noria personificada en la opresión social vendada: cuanto más gira la noria, más agua sale del pozo; cuanto mayor es la opresión social, mayor es el yugo de las necesidades. Para Weil esta opresión no se convierte en rebelión, sino en obediencia ciega y apatía. Refuerza esta imagen con «la ilusión de la máquina de movimiento perpetuo fundada en la ley de la conservación de la energía». Esta es la yunta de las sociedades gobernadas por el crecimiento económico.

Ivan Illich (1926-2002) fue un pensador austriaco de la ecología política y crítico de la sociedad industrial. Estudió filosofía y teología. Analizó los temas de la objeción al crecimiento: la insostenibilidad del desarrollo y nuestro modo de vida, la colonización del imaginario (choque cultural entre dos pueblos), la autolimitación de las necesidades, la camaradería, hasta la pedagogía de las catástrofes. En el libro *Para una historia de las necesidades*, el autor denuncia la mayor evidencia del desarrollo como generador de lo que él llama pobreza modernizada. Illich afirmó que, con la globalización, asistiremos a la mutación del *homo oeconomicus* en *homo miserabilis*, el hombre necesitado, convirtiendo la medicina en enfermedad, la escuela en ignorancia, el crecimiento y desarrollo en empobrecimiento. Es curioso e interesante el ejemplo reflejado por Illich sobre la gran ineficacia del transporte automovilístico, esta *General Purpose Technology*, que tanto influye en nuestras vidas. Illich establece una relación



entre la ilusoria ventaja del monopolio radical del uso del coche dentro de las ciudades y la cuantificación de los impactos económicos frente a la pérdida de las piernas del conductor. Considerando el tiempo de inmovilización en las filas de tráfico, el tiempo de trabajo para pagar el combustible, los neumáticos, los peajes, el seguro, las multas, sin hablar de los accidentes, la velocidad media del coche se sitúa en los 6 km/h, aproximadamente, la que el conductor podría realizar caminando. En este caso, los miembros inferiores constituyen el elemento corporal esencial para la locomoción. El paradigma de Illich se centra en la cuantificación de los efectos económicos de esta pérdida, lo que hace casi imposible que el economista lo concrete.

Pensamos que se han enunciado algunas reflexiones importantes en defensa de la economía del decrecimiento controlado y, consecuentemente, la necesidad de mirar de otro modo el futuro de nuestro planeta. La economía del crecimiento está causando un impacto devastador sobre la biosfera, y basta pensar solo en la cantidad de basura que producimos. Es necesario repensar nuestra forma de producir y consumir, dado que alrededor del 80% de los bienes comerciables se utilizan una sola vez, antes de ser definitivamente descartados. La producción de basura por habitante, en una de las mayores economías del mundo, los EE.UU., es de aproximadamente 800 kg por año. Conviene reflexionar cada vez que tiramos algo a la basura, pues no todas las economías mundiales tienen programas adecuados y ajustados al destino correcto de los desechos. En este capítulo también queda bien visible la preponderancia del kama-manas y la prevalencia del egoísmo sobre el altruismo.

Es crucial operar un cambio de valores y redefinir los conceptos de «necesidad» y de «superfluo», la escasez y la abundancia, el desperdicio, el gasto, y finalmente, lo que es la pobreza y la riqueza. No podemos persistir en una competitividad obsesiva, al punto de estar creando nuevas generaciones dedicadas al culto pecuniario, en lugar de promover los laboratorios de ciudadanía y ética, siguiendo las enseñanzas de la *República* de Platón.

Es necesario sensibilizar para las acciones prioritarias que contribuyen al fortalecimiento interior del ser humano, valorando la creatividad sobre la obsesión del trabajo duro, descubriendo, a través de esto, que la importancia de la vida no reside en el deseo del consumo ilimitado, y que debemos despertar de un largo letargo de heteronomía de la sujeción económica, y privilegiar la belleza de la obra en lugar de centrarnos exclusivamente en la eficiencia de la producción.

«Para vivir mejor, es necesario de ahora en adelante producir y consumir de otra manera, hacer mejor y más con menos, eliminando, para empezar, las fuentes de desperdicio (ejemplo: los envases desechables, el mal aislamiento térmico, la prevalencia del transporte por carretera, etc.) y aumentando la durabilidad de los productos» (André Gorz, 1923-2007).

Bibliografía

Latouche, Serge (2016), *Les Précurseurs de la Décroissance, Une Anthologie*, Le Passager Clandestin.

Latouche, Serge (2011), *Pequeno Tratado do Decrescimento Sereno*, Edições 70.



EL QUIJOTE y Carl G. Jung

M.^a Jesús Iglesias

La primera realidad que podemos encontrarnos es que C. G. Jung es un personaje real y Alonso Quijano (D. Quijote) es un personaje imaginario. No obstante, haciendo un breve ejercicio de reflexión, podemos darnos cuenta de que hay una estrecha relación, más allá del mundo de las formas, como si de alguna manera estuvieran conectados, personaje real con personaje imaginario.

Ambos, cada uno en su plano, son misteriosos.

Hagamos un acercamiento al personaje real: Joseph Henderson¹, que primeramente recibió terapia con C. G. Jung para convertirse con posterioridad él mismo en terapeuta, dijo: «Es casi imposible describir lo que era Jung. Es una especie de mezcla entre campesino suizo, erudito y algo más de naturaleza espiritual, lo que refleja o describe a un hombre que técnicamente no debería existir, pero que sin embargo existió».

Carl Gustav Jung, apartado hoy día de la ortodoxia de las universidades, incluso ridiculizado o criticado tanto desde lo profesional como desde lo personal, sin embargo, en otro plano de la sociedad tiene una tremenda lista de seguidores, de estudiosos, de admiradores, casi diríamos de discípulos.

Por otro lado, tenemos al personaje del Quijote. Cuando hablamos de un personaje de ficción, nos estamos planteando toda una serie de elementos. En el personaje de ficción del Quijote es difícil además separarlo del propio autor, y uno de los aspectos que más llama la atención es que, en ocasiones, se hace mucho hincapié en investigar al autor en lugar de investigar al personaje. ¿Está el Quijote contenido en Miguel de Cervantes o, al contrario, es Miguel de Cervantes quien está contenido en el Quijote?

¹ Joseph Henderson, estadounidense, se formó en Zurich con Jung y luego regresó a Estados Unidos, donde trabajó como terapeuta. Fue uno de los grandes admiradores de Jung y trabajó especialmente en la relación entre la psicología y la alquimia. Falleció en el año 2007 con 104 años.

Lo cierto es que entre Cervantes y el Quijote hay una especie de vínculo extraño, puesto que la vida de Cervantes, tal como nos la describen las crónicas históricas, fue realmente una vida de aventura y también de generosidad. ¿No nos recuerda esto las andanzas de Alonso Quijano y su actitud frente a los acontecimientos a los que debe hacer frente?

En el Quijote nos vamos a encontrar con dos aspectos. Por un lado, el personaje en sí mismo y, por otro lado, la realidad en la que vive, el mundo en el que vive. Así pues, el enigma de la obra no está solo en el personaje, aunque él es la clave —aún más, es el arquetipo por excelencia—, sino en todas las historias, personajes y episodios que se van cruzando a lo largo de la narrativa de la obra.

Podríamos considerar que cada capítulo del Quijote es realmente una novela en sí misma, donde, curiosamente, se van a contener mil aspectos. En el Quijote se habla de medicina, terapéutica y elementos de curación, medicamentos, gastronomía (hasta fórmulas gastronómicas), oratoria, reivindicación social, etc.

Por otro lado, nos encontramos con extraordinarias descripciones de las situaciones sociales de la época, las clases sociales, los niveles de educación, los comportamientos humanos, los valores éticos o las conductas inmorales, etc.

Y más profundo que todo ello, el Quijote es un tratado filosófico-moral que nos evidencia su relación con la psicología analítica junguiana como una obra alquímica. Es decir, es una obra de transformación.

Tengamos en cuenta que, para Carl Gustav Jung y su psicología profunda, el desarrollo del ser humano pasa por el objetivo de conocerse a sí mismo, la clave del autoconocimiento, de alcanzar la propia identidad (que él describió tan bien), esa búsqueda de identidad que no sería sino una búsqueda y un deseo de encuentro con el





dios interior que de alguna manera todos sentimos que somos, que nos arranca, de alguna forma, de lo temporal para sumergirnos en una búsqueda de lo atemporal, que rompe con los cánones del espacio y del tiempo. Y eso lo vamos a encontrar también en el Quijote, porque el Quijote es una obra que nos desvincula del espacio-tiempo.

Sí, el Quijote es una narración alquímica, y para Jung el trabajo de la psicología profunda, el trabajo del desarrollo y autoconocimiento del ser humano, la transformación y transmutación interior a través del sendero que va recorriendo, que él nombra como sendero de individuación y que no es ni más ni menos que la búsqueda y el trabajo por llegar a la verdadera identidad, indudablemente están absolutamente relacionados.

Lo que encontramos en los trabajos de Jung y en la narrativa del Quijote es un mensaje tal vez críptico en algunos momentos, pero que está dirigido al proyecto de vida de cada ser humano, y ese proyecto de vida es tratar de llegar a ser lo mejor que cada uno de nosotros puede llegar a ser y ser conscientes de ese proceso.

Podría decirse que el Quijote es el arquetipo que abarcaría todas las proyecciones arquetípicas para los seres humanos.

«En todo el mundo no hay obra de ficción más profunda y fuerte que esta [se refiere al Quijote]. Hasta ahora representa la suprema y máxima expresión del pensamiento humano, la más amarga ironía que pueda formular el hombre. Y si se acabase el mundo y alguien preguntase a los hombres: “veamos, ¿qué habéis sacado en limpio de vuestra vida? ¿Qué conclusión definitiva habéis deducido de ella?”, ¿podrían los hombres mostrar en silencio el Quijote y decir luego, “esta es mi conclusión sobre la vida”, ¿podríais condenarme por ella?”²».

² Fiódor Dostoyevski. Comentario en una carta que escribió en el año 1876 donde describe la gran admiración que él siente por el Quijote.

Realmente, el Quijote es mucho más que un solo arquetipo, es el compendio de todos los arquetipos o de todas las proyecciones arquetípicas para los seres humanos.

El primer arquetipo o manifestación arquetípica que nos evoca es el sendero del héroe o el viaje del héroe, y se refiere, en realidad, a la vida que corresponde a cada ser humano.

Es un viaje que tenemos que recorrer con certidumbre inexorable en la medida que encarnamos y que tiene muchas etapas, y a lo largo de esas etapas van surgiendo de nosotros valores y fuerzas que quizá desconocíamos, sombras y aspectos para superar, en un viaje hacia la integración con nuestra seidad³.

El Quijote nos evidencia un mensaje: que ese camino, que llamamos sendero de vida y es el que Cervantes hace recorrer a su personaje, es un largo camino lleno de dificultades, lleno de frustraciones, de burlas, de dolor. Al mismo tiempo nos muestra una capacidad incombustible en su protagonista. porque le golpean, se burlan de él, le derriban de su caballo, se queda maltrecho, herido, pero no importa, se levanta y continúa, y continúa con esa seguridad de la misión que tiene que cumplir, que es alcanzar su meta, Curiosamente, esa meta no es solo para él, es para la humanidad.

¿Es acaso el Quijote una personificación del arquetipo del inconsciente colectivo en una de sus claves de interpretación? Con seguridad la respuesta no la tiene Jung, sino el propio Quijote.

En un pasaje de la obra, le habla a Sancho de la Edad de Oro que tenemos que alcanzar, pero que estando en una Edad de Hierro y toca trabajar y luchar para lograrlo. Este diálogo nos puede hacer pensar en nuestro propio momento histórico donde todo es desconcierto, inseguridad y caos, donde nada está manifestado en su propia y natural



³ *Seidad*, según Helena P. Blavastky: No Ser, el Todo único, sin segundo, indiviso; la Raíz de la naturaleza visible e invisible, objetiva y subjetiva, que solo puede concebirse por medio de la más elevada intuición espiritual, pero que jamás es plenamente comprendida.



esencia y donde la integración armónica de los opuestos —objetivo alquímico— ni siquiera es percibida en su concepto.

Podemos entender que este viaje es realmente un viaje de conciencia, pero no de conciencia neuronal asociada al cerebro físico, sino asociada a un impulso o manifestación interior que nos vincula a nuestra realidad atemporal.

Un primer aspecto que nos manifiesta Alonso Quijano cuando siente el convencimiento de comenzar ese viaje que le llevará al cumplimiento de su destino, es la insatisfacción sobre su vida. Siente que es un hidalgo empobrecido, que no hace nada, no tiene dinero, no tiene hijos, no tiene familia, solo unos parientes tibios que no alcanzan a comprenderlo.

No tiene nada que pueda proporcionarle una satisfacción, alguien que pueda entenderle, ni en lo material ni en lo espiritual, ya que incluso el sacerdote allegado está prisionero de su dogma y radicalizado en su percepción de lo que debe hacerse para solucionar lo que considera un problema mental, ordenando la destrucción de la biblioteca del Quijote.

Alonso Quijano entiende que él es algo más que ese hidalgo empobrecido viviendo una vida gris, porque está firmemente convencido de que su misión es hacer algo por la humanidad, luchar contra el mal, defender el bien, ayudar a los que sufren. En su interior, Don Quijote demanda su manifestación en el mundo. Y elige actuar. Reflexiona sobre lo que necesita para su misión.

En la obra de Jung nos encontramos con esa necesidad que tiene el ser humano de conocer las capacidades de su psique, sus luces y su sombra, porque si el objetivo de la psicología analítica es conocerse a sí mismo, es preciso saber cómo podemos hacerlo.

Todo viaje precisa de una preparación; así, el caballero⁴ toma conciencia de lo que precisa y se dirige a buscarlo y prepararlo. Miguel de Cervantes narra una de las escenas

⁴ Cuando expresamos el término *caballero* no nos estamos refiriendo a lo masculino exclusivamente, ya que los arquetipos expresan una dualidad armonizada, y aunque el Quijote está representado como un hombre, refleja a la humanidad en su totalidad. El término héroe expresa también el concepto «heroína».

más bellas y poéticas de su obra. Alonso Quijano entiende que un caballero necesita un elemento imprescindible, debe tener un caballo. Así pues, se dirigirá a la cuadra donde se encuentra un caballo flaco, envejecido, casi en las últimas, y durante tres días tratará de evocar un nombre que proporcione al animal la fuerza de espíritu necesaria para la misión que han de cumplir. Al cabo de este tiempo se producirá el milagro y surgirá Rocinante.

A partir de este momento, podemos asegurar que el proceso mágico de la dinamización del arquetipo comienza. El proceso continuará con el nombre que se da a sí mismo Alonso Quijano, porque a partir de este momento será Don Quijote. Y realiza el rito imprescindible de preparar sus armas.

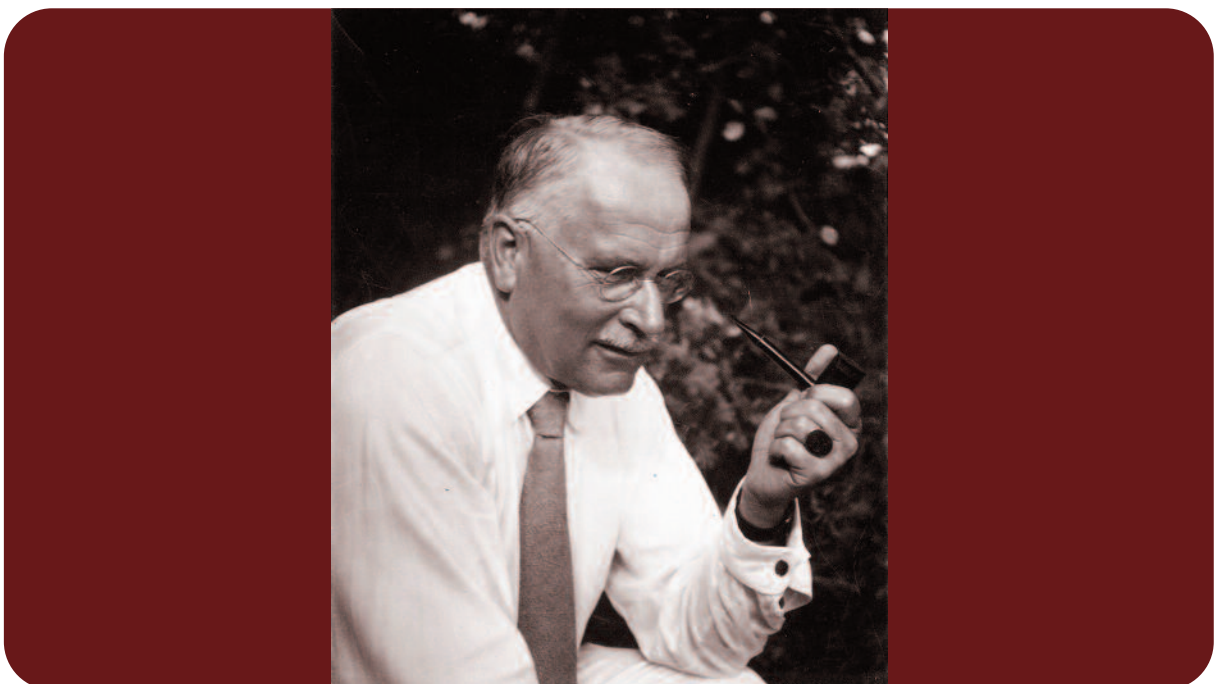
¿Qué significado podemos extraer relacionando este ritual con el arquetipo del héroe que propone C. G. Jung?

Cuando el creador de la psicología profunda habla de los arquetipos, se está refiriendo a modelos universales, como procedentes de la misma mente del universo, que se manifiestan en las infinitas vidas que proceden de él. Por tanto, los seres humanos estaríamos directamente vinculados.

Jung no dice nada nuevo que no hayan expresado filósofos como Platón o Plotino, pero su aporte radica en la vinculación que hace entre el concepto y simbolización del arquetipo y la psique humana.

Podemos intuir que uno de los significados de la preparación y vela de las armas por el que es ya el Quijote significaría saber que todos tenemos unas capacidades, unas características, un potencial para comenzar la construcción de nuestra vida.

Las armas que imagina Don Quijote están oxidadas, abolladas, no son tales, sino elementos de la vida cotidiana. No importa, aquí se manifiesta nuevamente el poder del héroe, la mirada transformadora. Don Quijote no ve las cosas como son, sino como deben ser.



C. G. Jung, cuando explica las extraordinarias capacidades de la psique humana, lo hace hablando de un enigmático arquetipo, la sombra, el mundo interior desconocido, que aún es caótico, no aceptado, pero que espera ser iluminado, cosmogonizado por la voluntad y la constancia.

Jung dice que la sombra solo espera a ser iluminada para que su potencial nos impulse en la realización de nuestra vida. Sin embargo, en el Quijote puede decirse que la sombra, es decir, aquello no aceptado que contiene los rencores, los miedos, la violencia, no se encuentra en el Caballero de la Triste Figura, que ya en su descripción física nos recuerda una llama, elevado y vertical.

Pero ¿y Sancho? ¿Es la sombra de Don Quijote?

C. G. Jung explica en todo momento la la realidad dual de nuestro universo manifestado, llegando, incluso, a describir en sí mismo hasta dos aspectos o personalidades que conviven. Pero esa dualidad tiene especial relevancia en los conceptos espiritual y material, porque de ambos está formado el ser humano. Nuestra mente, que nos determina como humanos, es también dual: Podría decirse que es como un puente que nos lleva a percibir nuestra realidad material, temporal y espacial, pero que también nos lleva a divisar otra realidad no tangible, sin espacio-tiempo, pero no por ello menos real.

Esa relación Quijote-Sancho está reflejada como un proceso alquímico de integración si tenemos en cuenta la relación que Jung estableció entre la psicología y la alquimia. La idea de un arquetipo como modelo universal que él denomina «sendero de individuación» es, sobre todo, un viaje hacia el interior, hacia el tesoro oculto que subyace en lo más profundo de nosotros. Podría relacionarse con el difícil y en ocasiones doloroso pero no por ello menos grandioso camino que el héroe cervantino debe atravesar, entre burlas, maltrato e incomprensión, pero que él no percibe como tal, sino que a través de su mirada transformadora lleva su conciencia a la plenitud arquetípica.



Arduo trabajo de integración de la luz y las sombras, de lo material y de lo espiritual, de lo consciente y lo inconsciente para llegar al destino elegido, aunque antes debe luchar con el Caballero de la Blanca Luna, que reconoce en él su hidalguía. Es la prueba final y está a la altura de la transformación que se ha realizado a través de todos los acontecimientos a los que ha tenido que hacer frente.

El héroe se ha enfrentado y superado la inseguridad, el dolor y la humillación, la ingratitud y la incompreensión, pero también el misterio y la renovación, y cuando llega a la meta de ese camino le espera la transmutación y la muerte.

En el relato de Cervantes, el final nos puede parecer incomprensible y desalentador si no profundizamos en su mensaje trascendente aunque críptico, porque las claves de interpretación son muchas en varios niveles de conciencia. Si nos atenemos a la clave humana, comprendemos que el viaje ha finalizado y el personaje ha recuperado su humanidad pero está ya transmutado, no es el que ha comenzado el viaje, ha alcanzado su objetivo y, en sus propias palabras, es un hombre bueno.

¿Acaso no es el viaje que cada uno debemos recorrer y superar, alcanzar en cada vida lo mejor que podemos llegar a ser en nosotros mismos, con relación a lo que nos rodea y a nuestra situación en la sociedad y la historia?

En la analogía con los arquetipos de C. G. Jung, sería aproximarnos al máximo si no alcanzar el Sí Mismo, que es reconocer nuestra total naturaleza y comprender que la vida está plena de sentido y vivirla como la gran aventura.

¿Será que el sentido de la vida es la vida misma?

*«Ruega generoso, piadoso, orgulloso;
ruega casto, puro, celeste, animoso;
por nos intercede, suplica por nos,
pues casi ya estamos sin savia, sin brote,
sin alma, sin vida, sin luz, sin Quijote,
sin piel y sin alas, sin Sancho y sin Dios»⁵.*

Imágenes

Artículo «Del sillón al lodo»: fotos del autor

David Gilmour: Lrheath, via Wikimedia Commons

David Gilmour en Franckfort: Frank Dumont, via Wikimedia Commons

David Gilmour en Buenos Aires: Jimmy Baikovicius, via Wikimedia Commons

Corazón con cerradura: Alexas_Photos en Pixabay

Puerta de luz, Silueta al atardecer, Gato de Schrödinger: Gerd Altmann en Pixabay

Niña sonriente: Luzazure en 123F

Globos: Pexels en Pixabay

Don Quijote y Sancho en Plaza de España, Madrid: ddzphoto en Pixabay

La autora entregando una imagen del Quijote al niego de Jung: foto de la autora

Piedra cúbica tallada por Jung con grabados alquímicos: foto de la autora

Don Quijote: Karl Oss Von Feja en Pixabay

Don Quijote, ilustración: Prettysleepy en Pixabay

⁵ Estrofa de las *Letanías a nuestro Señor Don Quijote*, de Rubén Darío



www.revistaesfinge.com